

**MODELOS DE VIDA Y CULTURA
EN LA NAVARRA
DE LA MODERNIDAD TEMPRANA**

ED. IGNACIO ARELLANO



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2016

MODELO INTELECTUAL Y RELIGIOSO: FRAY PEDRO
MALÓN DE ECHAIDE Y SU *CONVERSIÓN DE LA*
MADALENA

Ignacio Arellano
GRISO-Universidad de Navarra

En la colección Batihoja del Instituto de Estudios Auriseculares apareció en el 2014 la edición crítica de *La conversión de la Madalena*, a cargo de Ignacio Arellano, Jordi Aladro y Carlos Mata Induráin. Es la primera edición¹ que procede también a la anotación sistemática del libro de fray Pedro, cascantino ilustre y uno de los estilistas más reputados de la lengua española.

En el marco del repaso a algunos modelos de vida de la «temprana modernidad» fray Pedro Malón de Echaide puede representar el religioso intelectual con ribetes de poeta, y reclamar, como tal, un puesto en este panorama, por fuerza incompleto y parcial.

Adapto para el caso el estudio introductorio que pusimos a la edición citada², procurando que el resultado, despejado de bibliografías meticulosas y algunos datos eruditos, pueda ser útil sobre todo para lectores

¹ Un primer ensayo de Arellano y Mata, muy provisional, en el que se aportaba una cierta cantidad de notas nuevas sobre la ya clásica edición del padre Félix García, apareció en el año 2002 en la «Biblioteca Básica Navarra», auspiciada por el *Diario de Navarra*.

² Estudio debido a los tres editores citados: mi versión procede de esta más amplia, y en última instancia podría ser firmada por los tres. Valga aquí este reconocimiento para el conjunto de las presentes páginas. Cito los pasajes de Malón, claro está, por nuestra edición.

cultos no especialistas, teniendo en cuenta además que este capítulo se inserta en un volumen con otros modelos cuya presentación comparte este enfoque. De ahí que elimine referencias bibliográficas, localizaciones concretas de pasajes, etc. Todo ese aparato hallará el lector más curioso en la edición que sirve de base a estas páginas.

Fray Pedro Malón de Echaide, uno de los más importantes escritores navarros, fue sin duda un teólogo original, sin alejarse por ello de la ortodoxia más estricta, y un escritor de gran relevancia en el Siglo de Oro, configurándose como uno de los más brillantes espíritus humanistas de su época, preocupado por cuestiones doctrinales, poéticas y filológicas, como evidencia con claridad el prólogo que puso a *La conversión de la Magdalena*, su obra maestra, concebida no solo como paráfrasis y comentario de los evangelios, sino como una tejido complejo, elaborado a partir de la figura de la Magdalena como símbolo del penitente, y que integra los más diversos temas sociales, teológicos, históricos y lingüísticos. En *La conversión de la Magdalena* (Barcelona, Hubert Gotard, 1588) se funden las principales corrientes del pensamiento renacentista: Platón, Plotino y san Agustín se encuentran perfectamente armonizados en la obra del escritor cascantino junto a los neoplatónicos italianos, sobre todo Ficino y Pico della Mirandola.

No han faltado críticas negativas. Desde una perspectiva groseramente germanocéntrica Hans Langenegger escribió que

En general, *La conversión de la Magdalena* se revela como obra típica de un meridional. Sería sencillamente imposible suponer que un europeo, por ejemplo, un suizo, un alemán o un noruego, hayan podido escribir libro semejante. Falta aquí la sensitiva interioridad alemana, que con tanta frecuencia suelen alabar [los alemanes] en las obras afines de origen germánico. No tiene la sencillez y sobriedad de tales escritos, sino que en el mejor sentido de la frase es la obra de un antiguo retórico [cristiano]. Ningún místico alemán ha tratado con esa opulencia del amor a Dios; ese gracioso colorido en las descripciones es cosa extraña a la austeridad nórdica y sería en ella un aditamento inorgánico. En cambio, en nuestro español se dan la mano el espíritu clásico de Roma y el orientalismo semítico de la Biblia³.

Por su parte Helmut Hatzfeld califica a Malón de predicador «fantástico y grotesco», y añade que su contribución a la literatura devota es

³ Langenegger, 1952, pp. 19-42. Langenegger empieza ignorando la geografía y pensando que España no es Europa...

de segundo orden, periférica y vacía. Unos encuadran al escritor en el Renacimiento (Vinci, García, Aladro), otros en el Manierismo (Valbuena Prat, Pastor) y otros, finalmente, en el Barroco (Hatzfeld, Gilman); y se le ha clasificado indistintamente como escritor ascético y místico.

Malón, sobre todo, fue predicador y difusor doctrinal; toda su actividad, tanto en la vertiente religiosa estricta como en la práctica literaria, tuvo una finalidad formativa, fuese desde la cátedra o desde el púlpito, donde logró innumerables éxitos. *La conversión de la Madalena* es la obra de un predicador que tomó por modelo a los retóricos del siglo de Augusto por la lógica de los argumentos y la elegancia del estilo, pero rechazó el enlace de las partes del discurso y la unidad del plan, imitando con libertad la homilética de los Santos Padres sin seguir un método riguroso.

Ya el propio Malón indica claramente el género que va a utilizar: «Antes que comience a tratar la historia de la bienaventurada María Madalena, quiero pedir licencia para no guardar en *este tratado o sermón* el estilo acostumbrado del predicar» (p. 127), enfoque que confirma la estructura de la obra, y no menos el estilo: su libro es un «sermón» que pregona a los lectores:

He aquí por qué quiere Dios que los pecados de la Madalena se prediquen y apregonen cada año por los púlpitos (p. 260)

Y así, pretendo despedirme en este mi sermón (p. 127)

Oyen dos sermón, el uno se convierte, el otro se condena (p. 292)

Pero antes quiero decir solas dos palabras, que aquí las callaba; porque todos los que predicán esta conversión las advierten en este lugar (p. 461)

Y por eso, porque está predicando, trata a sus lectores como si fueran oyentes:

y porque yo pueda entrar con más alientos a tratar de esta materia, será bien hacer aquí pausa y descansar de la corrida larga que hasta aquí habemos traído, pues no solo yo estoy cansado de haber hablado, pero imagino que también los que me han oído... (p. 475)

Los sermones pueden revelar mucho sobre la vida social, religiosa, intelectual y literaria de un pueblo. Así, analizando distintos aspectos del «tratado o sermón» de fray Pedro se aprende a conocer su pensamiento

y la sociedad que lo produjo; una sociedad con una Iglesia enfrentada a la Reforma y en la que los predicadores eran participantes esenciales en esa batalla teológica.

Philip Brooks apunta: «Predicar es comunicar la verdad por medio de un hombre a los hombres. Contiene dos elementos esenciales: la verdad y la personalidad. Para ser predicación no puede prescindirse de ninguno de ellos»⁴. En Malón de Echaide, ya como teólogo, ya como escritor, se advierten ambos elementos.

Entremos rápidamente en la biografía del hombre y del escritor.

I. BIOGRAFÍA DE MALÓN DE ECHAIDE

Pedro Malón de Chaide o de Echaide —variedades poco relevantes en el uso de la época— nació en Cascante, población de origen romano, perteneciente al partido judicial de Tudela, aunque dependiente en lo eclesiástico de la diócesis de Tarazona. Según se afirma en la mayoría de los estudios sobre el autor, la fecha de su nacimiento es el año 1530, aunque no existen pruebas que permita confirmarlo.

En el primer tercio del XVI llegaron a la ciudad de Cascante los abuelos de nuestro autor, Juan de Malón y María de Echaide, con sus hijos, Juan y Pedro. El primero, Juan de Echaide, homónimo del padre, y seguramente primogénito, tenía entonces diecisiete años, según su propia declaración. Junto a un tío paterno, el notario Francisco de Malón que residía en Cascante, Juan aprendería el oficio de escribano.

A sus veintidós años Juan casó con Graciana Zapata. El matrimonio tuvo cuatro hijos contando a Pedro. El primogénito recibió el mismo nombre que el padre y el abuelo paterno, Juan, y también sería notario. En 1563 este hermano mayor de fray Pedro se casó con Lucía de Morales, con quien tuvo una hija. Murió en 1588, desapareciendo en Cascante el apellido «Malón de Echaide», perdurando solo el de «Malón» en los demás descendientes.

En 1571 fray Manuel Vidal, prior de los agustinos de Salamanca, da la filiación de Pedro Malón de Echaide, «hijo legítimo de Juan Malón y Graciana Zapata», que debe de provenir de su inscripción al entrar en la orden agustiniana. Según la práctica moderna a fray Pedro le corresponderían los apellidos «Malón Zapata», pero en el Siglo de Oro es frecuente el uso muy libre de los apellidos familiares por múltiples razones

⁴ Brooks, 1877, p. 5.

que no hacen ahora al caso. Nada de raro hay que ver, por tanto, en que se conociera como «Malón de Echaide».

La primera vez que aparecen juntos el nombre y los dos apellidos del autor es en la portada de su obra, en la que se lee «Pedro Malón de Chaide». Para explicar el cambio ortográfico de «Echaide» por «Chaide», los autores han ofrecido distintas argumentaciones, pero no merece la pena buscar problemas donde no los hay, y donde probablemente solo hay un leve fenómeno de fonética sintáctica. Podría ser —como piensan algunos— que fuera deseo del propio Malón eliminar la *E* inicial del apellido, ya que por el choque con la *e* final de la preposición, aquella no se pronuncia, y el escritor siempre defendió la correspondencia entre grafía y fonética: «Digo, pues, una regla general: que tengo por acertado que se escriba cada palabra solo con aquellos caracteres y letras que pronunciamos cuando hablamos» (p. 117).

El primer dato fehaciente de la biografía de Malón de Echaide es el de su profesión religiosa, el 27 de octubre de 1557, en el convento agustino de Salamanca. No hay prueba documental que permita saber con certeza dónde cursó los estudios previos, y todos sus biógrafos dejan una laguna entre los años de su nacimiento y el de su profesión religiosa.

El escritor navarro asistió a la Universidad de Salamanca en una época en la que la misma se enorgullecía de tener sesenta cátedras, algunas ocupadas por profesores de la talla del padre Guevara (cátedra de Santo Tomás y otras) o fray Luis de León (en 1561 ejerce la cátedra de Santo Tomás y la de Durando en 1565), quien influye poderosamente en fray Pedro. Hay que añadir los nombres de los dominicos Domingo del Soto, Pedro de Sotomayor y Juan de la Peña, y el del sacerdote Gaspar de Grajal, que desempeñaban diversas cátedras, a las que Malón asistiría como alumno, recibiendo una amplia formación humanista, filosófica y teológica (agustina a la par que escolástica).

Notables fueron también muchos de los compañeros de estudios, entre ellos fray Agustín de la Cruz, fray Alonso de Castro, fray Pedro de la Cruz y fray Gaspar de Saona —que será uno de los aprobantes de las licencias para publicar *La conversión de la Madalena*—.

Finalizados sus estudios, Malón fue destinado «a algunas de las casas para empezar el apostolado de la enseñanza y de la predicación, dos trabajos que ejercerá durante toda su vida con verdadera pasión»⁵ y que dejarán profunda huella en toda su obra.

⁵ Isidro De la Viuda, 1992, p. 21.

Aunque no quedan documentos que certifiquen detalles exactos, Malón debió de llegar al convento de Ágreda en 1563, cuando se celebró Capítulo Provincial. Era un convento menor y bastante moderno dentro de la Provincia de Castilla, fundado el mismo año de la profesión de Malón, a petición del Ayuntamiento, que propone a los agustinos la prédica como principal finalidad, para impulsar y elevar la fe cristiana entre los habitantes de la villa. La casa contó con priores y profesores de gran reputación académica como los padres Gaspar de Melo y Gabriel Montoya, además de nuestro escritor, que permanecerá en Ágreda hasta el año 1569, en que se traslada a Burgos.

Entre 1569 y 1572 Malón de Echaide fue lector en el importante convento de san Agustín de Burgos. Durante los años 1532 y 1537 había sido prior de dicho convento Santo Tomás de Villanueva, confesor de Carlos I; un excelente predicador, cuyos sermones no solo presentan riqueza de pensamiento sino que son además de una gran belleza formal, y autor de un importante *Comentario al Cantar de los cantares*.

Durante su estancia en Burgos se consolida la reputación de Malón de Echaide como teólogo y predicador, como lo demuestra el que fuese elegido defensor de la tesis *De Incarnatione Verbi* en el Capítulo Provincial de Castilla, celebrado en Valladolid en julio de 1572.

En 1572, y a instancias del padre reformador, fray Rodrigo de Solís, Malón es trasladado a Aragón por causas que no se conocen. Es seguro que Malón apoyaba los planes de Solís para la reforma de los conventos aragoneses; sin embargo, es muy probable que su alejamiento de Castilla no se debiera únicamente a esto, sino que se tratara de una medida cautelar. El 26 de marzo de 1572 Martín Martínez de Cantalapiedra y fray Luis de León son detenidos y encarcelados en la Audiencia de Valladolid. Unos meses más tarde, el 18 de julio, apresan a Alonso de Gudiel, catedrático de Osuna y de familia conversa, acusándole de haber defendido el sentido literal de los salmos y haber escrito una tesis, *De Incarnatione*, cuyo autor fue en realidad Malón. Así leemos en la causa contra el P. Gudiel: «Dijo que la materia *De incarnatione*, y que las tiene un fraile que se llama Malón, y que este [Gudiel] no las hizo, sino un estudiante, que es el mismo Malón, que es lector en Burgos, y este había de presidir a ellas»⁶.

La detención del padre Gudiel —que finalmente moriría leproso en las cárceles de la Inquisición de Valladolid— coincide con el Capítulo

⁶Ver la *Causa criminal contra el biblista Alonso Gudiel*, en De la Pinta Llorente, 1942.

Provincial de la Orden Agustiniiana en Valladolid, que es cuando la misma decide el traslado del navarro al reino de Aragón. La coincidencia seguramente no se deba a la casualidad. Las causas que motivaron el encarcelamiento del padre Gudiel suponían una amenaza para Malón, quien, además de ser el verdadero autor de *De Incarnatione*, tenía por costumbre comentar textos bíblicos y usar en sus clases y sermones el *Cantar de los cantares*. Su traslado a Aragón debió de ser una medida de precaución que decidió la Orden para protegerlo y que no sufriera la misma suerte que el padre Gudiel.

En la Provincia de Aragón fray Pedro fue catedrático en las Universidades de Huesca y Zaragoza por los años de 1573, 1582 y 1588.

Se sabe que ya en 1575 era prior del convento de Zaragoza, aunque no puede confirmarse si nombrado ese mismo año o el anterior, con motivo del Capítulo celebrado en Zaragoza el 8 de mayo de 1574. Aquí estuvo hasta el Capítulo de 1577, cuando regresa a Huesca, donde un año más tarde pasa a regir el convento de Agustinos calzados en 1578, dato confirmado por el historiador oscense Francisco Diego de Aynsa:

el maestro Fray Pedro Malón fue prior de él, y leyó la cátedra de Escritura algunos años. [...] Ha sido siempre este convento escuela de su Religión, porque continuamente se leen Artes o Teología, de donde salen buenos sujetos; y a esa ocasión desde que se fundó esta casa los ha tenido lúcidos, que con sus letras, leyendo en la Universidad y predicando algunas Cuaresmas en esta Catedral, han ilustrado mucho la ciudad, y con su ejemplo y virtud han ayudado al aumento del culto divino y reformatión de costumbres⁷.

En los comienzos de 1580 ya se menciona su nombre en las actas de la Universidad. En el Consejo que tuvo lugar el 20 de febrero se menciona una enfermedad que le aqueja, pero el 17 de abril parece ya repuesto a juzgar por otras referencias del Consejo universitario.

Su cátedra debió de ser la de Sagrada Escritura, dentro de la Facultad de Teología, lo que nos confirman tanto el historiador Aynsa como el propio Malón cuando en la dedicatoria de su libro escribe: «y habiendo tenido por tiempo de algunos años tan continuos ejercicios así de letura de la Sagrada Escritura en diversas universidades como de sermones en muchos púlpitos...» (p. 96).

⁷ Francisco Diego de Aynsa y de Iriarte, *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antigua Ciudad de Huesca...*, p. 574.

Había entonces dos formas de acceder a la cátedra, por conducta o por oposición. En el primer caso se daba a quien ya había leído en la Universidad; en el segundo —el caso de Malón de Echaide—, el aspirante era de nuevo conducido sin contrincante y después de leer una lección o punto, ya era catedrático. En ese tiempo, el salario de la cátedra de Sagrada Escritura era de 130 libras jaquesas. Para desempeñarla había que ser bachiller en Artes y en Teología, por la Universidad de Huesca o por cualquier otra aprobada. El padre Malón no se graduó en la Universidad oscense, pues no aparece citado en el libro de la Tesorería, donde se registraban todos los grados, en atención a los derechos del Arca que recibía por aquel concepto el tesorero. Lo más factible es que se graduara en la de Salamanca, donde alcanzaría el grado de maestro, probablemente en Teología Escriturística, puesto que la mayoría de los agustinos se graduaban allí.

Sea como fuere el 2 de mayo de 1580 fray Pedro Malón aparece como consejero asistente en las actas de la Universidad de Huesca donde, ya catedrático de Escrituras, se gradúa de licenciado y doctor en Teología⁸. Siendo allí catedrático y maestro de novicios, el 9 de julio el padre General de la orden lo condecoró con el Magisterio de la orden. Dos años más tarde, el 4 de junio de 1582, Pedro Malón es nombrado contador, cargo para el cual era imprescindible estar en posesión del doctorado, y como doctor suscribe con su firma la cuenta de Tesorería de junio de 1581 a junio de 1582. Después de esta fecha ya no aparece mencionado en ningún otro documento de la Universidad. Su labor como docente en la Universidad de Huesca acabaría probablemente en octubre de 1582, justo antes del inicio del nuevo curso, el 18 de octubre. Malón permanecería sin embargo en Huesca hasta 1583, año en que volverá a Zaragoza.

En Zaragoza, y desde el 7 de mayo de 1583, Malón desempeña el cargo de definidor de la Provincia, y unos meses más tarde, el 23 de octubre de 1583, es nombrado catedrático de Teología del Estudio de la Universidad de Zaragoza. Su reputación al tomar la cátedra de Zaragoza debía de ser ya reconocida, pues los historiadores de la Universidad siempre se refieren a él con grandes elogios. Malón de Echaide fue uno de los maestros que, junto con fray Jerónimo Xavierre, fray Felipe Hernández de Monreal y fray Francisco Gayán, iniciaron los estudios de Teología en la Universidad de Zaragoza.

⁸ Ver Arco y Garay, 1912a y 1912b.

Un manuscrito del padre Macipe aporta una interesante información referente a un desdichado acontecimiento en el que se vio envuelto Malón. El 28 de junio de 1585 Felipe II celebró Cortes en Monzón. Su Majestad «dio una traza al Padre Maestro Fray Pedro Malón» conforme a la cual habría de hacerse el convento. Al comenzar la obra, el rey mandó que le fueran entregadas al padre Malón 1.000 libras, que estaban en la tabla de Zaragoza, procedentes del Priorato de Bolea. A propósito de esto señala el padre Macipe que

de esta cantidad se dio muy mala cuenta, porque después de mucho tiempo que se habían cobrado, quiso el rey saber en qué y cómo se habían gastado, apretando al Padre Provincial y al dicho padre Malón para que diesen cuenta y razón de lo que habían recibido; y el padre Malón, que era el que había de dar descargo, lo dio muy malo, pues no salió a luz cosa alguna de provecho [...]. De esto tomó motivo S. M. para en lo venidero no hacer confianza alguna de estos religiosos⁹.

La crítica no ha prestado atención a este hecho, omitiendo el acontecimiento en la mayoría de los casos. No son claras las causas por las que el padre Malón dio malas cuentas del dinero que el rey le había encomendado. De su honradez, no obstante, parece no quedar duda según la anotación escrita en el margen del folio 39 del manuscrito del padre Macipe, texto firmado y avalado por religiosos capuchinos:

este dinero se encomendó al vicario de la casa de Loreto, que entonces era que se llamaba Fray Diego de Navarra y de Araya. Éste compró mucha sisca, para facer al ladrillo y calcina, y seiscientos, o setecientos escudos los escondió en un agujero y lo tapó y cubrió con un ladrillo, y este religioso tenía un muchacho de Huesca para que sirviera y un día le vio sacar al dicho religioso dinero del agujero. De donde sucedió que enfermó el religioso y se fue a Huesca a casa del padre del muchacho, que se llamaba Miguel de Ventue Piquero, y un día envió el religioso al muchacho a Loreto para que le encendiera la lámpara de los Santos. Y él vino con otro primo suyo y abrieron el agujero y sacaron el dinero, y el uno de los dos con el dinero que tomó se fue a Valencia y está allí boticario y el otro gastó el dinero en convites que hacía en Loreto. Desto darán razón los religiosos J. Dotoia Oracio de Sarinena y el P. Fr. Marcos Navárdez, capuchinos, que los dos me lo han dicho a mí Fray P. Marey y el padre capuchino me dijo que él tenía

⁹ Juan Macipe, *Libro de la Antigüedad de esta Casa de Nuestra Señora del Oretto la Real de Huesca y de otras cosas pertenecientes a la hacienda*, fol. 39.

obligación de restituir treinta reales de una comida desos a su parte en que se había hallado en Loreto.

Pasados unos años, en 1603, la administración de las rentas del Priorato de Bolea recae de nuevo en manos de los agustinos, tal vez gracias a la mediación de doña Beatriz Cerdán, hermana del entonces gobernador de la Provincia de Aragón, don Ramón Cerdán de Escatrón. Si así fuera, esta podría ser la razón por la que fray Pedro dedicó su libro a esta señora, en prueba de su agradecimiento:

y si no contara yo con lo mucho que a vuestra merced debo, y que so pena de ingrato grosero estoy obligado a buscar cómo desquitar algo de esta deuda (ya que pagarla toda ni mi caudal lo sufre por ser poco, ni el valor de vuestra merced lo consiente por ser mucho) (p. 97).

El 18 de octubre de 1586 la Orden Agustina celebra Capítulo Provincial en Zaragoza, y nombra prior de Barcelona a Malón de Echaide. Pocos días después de llegar a la ciudad, el 3 de noviembre de 1586, el escritor recibe una invitación del Ayuntamiento de Tudela para celebrar y predicar en la Cuaresma de 1587. Fray Pedro contestó que su Provincial y él mismo aceptaban:

aunque en Barcelona esperaban que llegase para pedirme una Cuaresma y a aquella ciudad el Padre Provincial le tiene afición y le debe mucho. Con todo eso, huelga de servir a vuestras mercedes y posponer sus obligaciones para acudir al deseo de esa ciudad [...]. Yo acudiré al tiempo que no haga falta. Aunque para venir [desde Barcelona] sin cuidado, si fuese posible, habiendo en esa ciudad recado recibiría merced que, para la Septuagésima, vuestras mercedes mandasen enviarme un criado y una mula, que de la limosna de la Cuaresma se descontara. Y si para esto no hobiere comodidad, vuestras mercedes me manden aviso, porque me provea con tiempo¹⁰.

Malón acudió a Tudela para cumplir su compromiso cuaresmal, siendo esta la última vez que visitó su tierra natal.

En Barcelona permaneció hasta su muerte en 1589. A pesar de los pocos años que pasó en Barcelona, la estancia del cascantino allí fue fructífera: «En su tiempo hizo dos ángulos del claustro nuevo, la coci-

¹⁰ Castro Álava, 1972, p. 12.

na, y el horno, y otras obras»¹¹, entre las que se encuentra la fundación del Colegio de san Guillermo, sede actual del Centre d'Informació i Documentació Internacionals a Barcelona.

Como muchas ciudades españolas, a finales del siglo XVI Barcelona sufre el azote de la peste. El historiador Massot indica que

el año 1589 a 22 de junio se declaró la peste en Barcelona, la cual duró cerca de seis meses; cesó en el mes de enero de 1590 y en este tiempo murieron dentro de la ciudad más de veintidós mil personas, sin otras tantas que murieron por los lugares y villas, a donde habían ido; y todo el dicho tiempo sirvieron los religiosos de San Agustín de ministrar los sacramentos por la ciudad, en particular en la parroquia de Santa María del Mar, sin otro interés que el puro amor de Dios y salud espiritual de las almas, de los cuales murieron siete religiosos, los nombres de los cuales se cree estar escritos en el libro de la vida¹².

Pedro Malón de Echaide fue uno de los siete. Murió el primero de septiembre de 1589. Massot añade unos datos de suma importancia:

El padre maestro Fray Pedro Malón, de nación navarro, de hábito y profesión de Salamanca, según algunos; y según otros del Convento de Zaragoza, fue grande predicador, excelente poeta, y varón de mucha virtud y doctrina apasible, y benigno con los humildes y grave con los soberbios. Honró mucho las Universidades de Zaragoza y Huesca, siendo Catedrático dellas muchos años. En el Capítulo Provincial celebrado en Zaragoza a 18 de octubre 1586 fue electo en Prior de San Agustín de Barcelona, y lo era el año 1588 cuando dio a la impresión un tratado de la Conversión de la Madalena, impreso en dicha ciudad dicho año; y dejó otras obras para dar a la imprenta; pero cortole la guadaña de la muerte el hilo de la vida al primero de setiembre de 1589, y aunque murió de peste en la ciudad, recibió primero con mucha devoción los sacramentos y falleció como virtuosísimo religioso. Fue este virtuosísimo padre uno de los padres que vivieron con el padre Reformador. Deste religiosísimo, y virtuosísimo padre escriben muchos; el padre maestro Cruencio en su *Monasticon Agustíniano* dice: «Excelluerunt tunc in litteris divinis, et oscensiannis Genoviarchae Cathedricus in Universitate Cesaraugustana, et Oscensiannis 1573, 1582,

¹¹ Fray Jaime Jordán, *Historia de la Provincia de Aragón del Sagrado Orden de los Ermitaños de San Agustín*, III, p. 368.

¹² Joseph Massot, *Compendio historial de los ermitaños de nuestro padre San Agustín, del Principado de Cataluña*, p. 81.

et 1588, qui, et non nulla opuscula dedit in lucem à Vicentio Blasco, et Fransisco Aynza in suis, historii Meritis, et praeconiis affertur»¹³.

Un año antes de su muerte había acabado de imprimirse en la casa de Hubert Gotard, en Barcelona, la única obra que conservamos de fray Pedro Malón de Echaide, y por la que sin duda merece un lugar entre los grandes clásicos de nuestra literatura: *La conversión de la Madalena, en que se esponen los tres estados que tuvo de pecadora, y de penitente, y de gracia [...] Compuesto por el maestro Fray Pedro Malón de Chaide, de la Orden de San Agustín*.

2. LA CONVERSIÓN DE LA MADALENA

Muy pocos personajes femeninos del Nuevo Testamento han despertado tanto interés como María Magdalena, quien ha inspirado en muy distintas épocas riquísima iconología (ya desde el año 230, cuando se la pinta en Duraeuropos llevando ungüentos a la tumba vacía), variadas interpretaciones teológicas, ortodoxas y heterodoxas (los evangelios gnósticos, san Gregorio Magno), numerosas páginas literarias en prosa y en verso tanto en latín como en lenguas vernáculas, y cuya presencia simbólica perdura hasta la actualidad.

Los carmelitas elaboraron la leyenda de la Magdalena después de la muerte y resurrección del Señor; su penitencia y soledad de ermitaña aparece por primera vez en una tradición de la Iglesia griega y según la cual se retiró a los desiertos de Siria, donde terminó su vida terrena cuando un ángel o el mismo Jesús la arrebató a los cielos. La leyenda pasó a Occidente en el tiempo de las Cruzadas, cambiándose el desierto de Siria por Sainte-Baume para así autorizar las reliquias de la santa en la cercana iglesia de san Maximino en Aix-en-Provence, al cuidado de los dominicos tras su hallazgo a fines del siglo XIII. La variante hace que la Magdalena con sus hermanos Lázaro y Marta, y con Maximino, María Cleofás y María Salomé, huyendo de las persecuciones de cristianos en Tierra Santa, se embarcasen rumbo al oeste, cuando su barco en medio de una tormenta vino a naufragar en las cercanías de Marsella.

La leyenda se difunde en la anónima *Vita Mariae Magdalенаe* del siglo XV (1456), atribuida a Rabano Mauro (776-856) para darle verosímil antigüedad; sin embargo, la fuente fundamental de su difusión es

¹³ Joseph Massot, *Compendio historial*, p. 80.

la más temprana e inmensamente popular *Leyenda dorada* de Jacobo de la VoráGINE (1230-1298), donde halla la más elaborada formulación, incluyendo detalles que retoma Malón, como la riqueza de la Magdalena (muy feudalmente propietaria de la ciudad de Magdala, así como Marta de Betania y Lázaro de buena parte de Jerusalén), y en especial los de su vida en las espesuras de Sainte-Baume, donde pasó treinta años —alimentada por los ángeles— sin ver a ser humano hasta momentos antes de su muerte, cuando san Maximino vino a darle el santo viático; de donde nace otro asunto bastante popular en la iconografía barroca, la última comunión de la Magdalena, cuya representación era argumento en pro de la eucaristía, sacramento rechazado por algunas sectas protestantes. Se lee en la *Leyenda dorada*:

María significa tres cosas: mar amargo, iluminadora e iluminada. Estas tres significaciones nos ayudan a interpretar correctamente las tres partes que esta santa óptimamente eligió, a saber: la parte de la penitencia, la parte de la contemplación interior y la parte de la gloria eterna. A las tres se refería el Señor cuando dijo: «María ha estado tan acertada en su elección que la parte que ha elegido nadie se la arrebatará». En efecto, la primera de esas partes, o sea, la penitencia, se ordena a la consecución de la bienaventuranza eterna y por razón de ese fin no podrá serle arrebatada. Tampoco podrá serle arrebatada la segunda, es decir, la contemplación interior, porque entre la contemplación que se ejerce en esta vida temporal y la que se ejerce en la otra, no hay solución de continuidad, ya que esta vida terrena es el camino por el cual se llega a la vida de la Patria. Menos aún podrá serle arrebatada la parte tercera, la gloria eterna, porque esta gloria, por ser eterna es eternamente duradera.

Cualquiera puede advertir la estrecha relación que existe entre la penitencia, primera óptima parte elegida por esta santa, y el significado de mar amargo correspondiente al nombre de María que ella llevó: para ello bastará que considere las muchas lágrimas que derramó; fueron estas lágrimas tan copiosas, tan abundantes, que dieron suficiente de sí para lavar los pies del Señor¹⁴.

Su leyenda e iconografía son muy semejantes a las de María Egipcíaca, incluyendo su última comunión; prostitutas arrepentidas, junto con otras del mismo tipo como Taís y Pelagia, que sacrificarán su belleza en duras prácticas penitenciales.

¹⁴ *Leyenda Dorada*, I, pp. 382-392.

La tradición de la Iglesia latina ha unido en la Magdalena tres mujeres del Nuevo Testamento: la pecadora que lavó los pies de Cristo en casa de Simón el Leproso (*Mateo*, 26, 6-13; *Marcos*, 14, 3-9; *Lucas*, 7, 36-50; *Juan*, 12, 1-8), María de Betania, hermana de Lázaro que según el Evangelio de Juan es la que ungió a Jesús, y María Magdalena, que según *Lucas* (8, 2) era una de las mujeres que acompañaban a Jesús, de la cual —dice— habían salido siete demonios. Malón se refiere a este asunto en su libro:

Así que por estas y otras muchas razones se prueba que estas mujeres que seguían a Cristo fueron verdaderamente endemoniadas y tuvieron verdaderos demonios. Y pues entre ellas es contada la Madalena, luego tuvo los siete que dice San Lucas, como el otro que tenía una legión. Y por ventura no sería mal argumento este con otros para en favor de los que tienen que la Madalena que aquí cuenta San Lucas, no es una con la pecadora ni con la hermana de Lázaro; porque muchos santos ponen tres, otros dos. Mas como en esto va poco, y ya la común opinión tiene que no fue más que una, aunque en las cosas que no son de fe ni contra toda la corriente de los doctores, tenga cada uno licencia de sentir como le pareciere, con todo eso, en el hablar es bien que se conforme con los más, principalmente en cosas que ni edifican a la Iglesia ni hacen para la emienda de las costumbres y que ya el pueblo está empapado y embebido en ellas y que las mamó en la leche. (p. 207)

La iconografía suele mostrar a la Magdalena primero como cortesana y más tarde como penitente. Su atributo más claro es la larga cabellera, además del bote de unguento. Escribe fray Pedro Malón de Chaide: «en la Magdalena el traerse galana, el preciarse de ello, el gustar de ser celebrada por muy dama, la trajo a tanta perdición que ya como a pública infame, la llamasen la pecadora» (p. 235):

de aquí se entenderá la poca licencia que tienen las mujeres para andar muy galanas y afeitadas, hechas señuelo de livianos, porque con sus aderezos y cabello y compostura andan hechas redes de Satanás, para derrocar almas en el infierno. (p. 212)

De todos los episodios sobre la vida de la Magdalena el mejor conocido llegó a ser el encuentro de Jesús con una pecadora en casa de Simón el Fariseo. De hecho, «el evangelio que se pone en su fiesta, que es “*Rogabat Iesum quidam Pharisaeus ut manducaret cum illo*”, etc.» (Malón,

p. 127), y no aquellos textos donde se la menciona claramente, al pie de la cruz y como testigo de la tumba vacía y de la aparición de Cristo en cuerpo glorificado. De este modo, aquella que en los evangelios es el primer testigo y mensajero de la Resurrección («apóstol de los apóstoles», como la llamó Hipólito de Roma), ha sido para la Cristiandad occidental sobre todo la «pecadora» que se elevó de las profundidades de la degradación para convertirse en privilegiado ejemplo de pecadores arrepentidos.

Siguiendo sobre todo el evangelio de san Lucas, Malón de Echaide repasa los tres estados por los cuales pasó esta figura de la Magdalena. Halla la realidad de la santa en su condición de pecadora, entendiendo que en su mito, la vida de la heroína, sus caídas y victorias definen un drama espiritual de permanente validez como modelo de conducta. El episodio de la cena en casa del fariseo le servirá para plantear distintas cuestiones teológicas señaladas al principio de cada parte de su obra:

El primero es de pecadores, cuando están apartados de Dios y de su gracia y amor. El segundo es de penitentes, cuando prevenidos con la dulzura de las misericordias del Señor muy alto, comienzan a caer en la cuenta de su mal estado, y corridos de su daño y perdición, avergonzados de la torpeza de sus obras, se vuelven a Dios y hacen verdadera penitencia. El tercero es cuando ya el alma, vuelta en gracia y amistad de su clementísimo padre y señor, goza de la paz. (p. 128)

No ha de resultar, pues, extraño que, de entre todos los episodios bíblicos que la tradición de Occidente ha relacionado con la Magdalena, Malón haya elegido el banquete en casa del Fariseo, ya que se trata del momento mismo de la conversión que da título a su libro. De hecho, toda la «Parte segunda y estado primero de pecadora» es el comentario de un versículo y medio del pasaje del evangelio de san Lucas (7, 36-37); la «Tercera parte... y el estado segundo que tuvo de penitente», se inspira en *Lucas*, 7, 37-46, con particular insistencia en el llanto de la arrepentida; la cuarta parte se centra en el versículo 47: «*Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*». De modo que —salvo en un capítulo y en un apéndice— básicamente en lo que se refiere a la Magdalena el libro de Malón de Echaide es el comentario muy amplificado del encuentro de Jesús con la pecadora de Naím, y lo hace así precisamente porque concibe a la Magdalena sobre todo como «un raro y admirable ejemplo de penitencia» (p. 147).

El tema de la conversión llevaba espontáneamente a la metáfora de sus «metamorfosis». Su cambio y trueque ya lo cantaba la Iglesia en el oficio: «*fit ex lebeta fiala, / in vas traslata gloriae, / de vase contumeliae*», que traduce Malón de Echaide: «fue trocada / en copa aventajada; / de caldera del fuego denegrida / y de vaso de afrenta y vil escoria, / la hizo vaso Dios de honor y gloria» (p. 281). No es de extrañar que en un libro titulado *La conversión de la Madalena* su autor se extienda sobre los detalles de semejante cambio:

¡Oh, gran Dios, Señor del cielo y de la tierra, que solo con un torcer las cejas lo gobierna y rige todo, cuyas obras son espanto y maravilla del entendimiento! Entre tantas maravillas y metamorfosis que hizo en el tiempo felice de su pueblo venturoso, para mostrar su gran poder, de la mujer de Lot en sal, de la vara de Moisés en serpiente, de los ríos de Egipto en sangre, del polvo en moscas, del agua en ranas, del mar en seco, del soberbio rey en bestia, del día en noche y de la noche en día, y de otras obras semejantes y estupendas, mira si hizo jamás alguna mayor, alguna más maravillosa, más rara que esta, cuando aquel durísimo pedernal, aquella sequísima piedra, el estéril guijarro y ajeno de todo humor, lo trocó en copiosísimo estanque, en anchísimo lago, en venas corrientes de agua viva y lo hizo fuente y mar espacioso. Volvió la piedra seca en estanques de agua y el peñasco en fuentes de copiosa y dulce bebida.

Este es el milagro: «El Señor ha hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos» [Psal., 117], dice David. Aquel Dios solo, eterno, ecelso, infinito, glorioso, inmenso y inmortal; aquel Dios que como sabio dispone el mundo, como justo juzga a los hombres, como poderoso guerrea a los malos, como benino acompaña a los buenos, como piadoso consuela los afligidos y como monarca hace cuanto le place en el universo; aquel Dios solo, digo, que de nada crió las piedras y las aguas, ha trocado la piedra en agua. No criada virtud de naturaleza, ni humana industria de arte podía hacer tan maravillosa trasformación. El solo Dios, que es a quien como prontas esclavas sirven y obedecen la naturaleza y la arte, es el que ha convertido el peñasco en fuente, en fuente de agua [Ps., 77]: *Quoniam percussit petram, et fluxerunt aquae, et torrentes inundaverunt*. Porque hirió la piedra corrieron las aguas; hiriola Moisés, hiriola Dios: *Percussit virga bis silicem* [Nu., 20]. Hirió dos veces la piedra con la vara, con el temor del mal y el amor del bien; con el miedo del infierno y con el deseo del cielo; con el odio del pecado y con la afición de la virtud; y corrieron las aguas larguísimas, tanto que bebió todo el pueblo y sus bestias. ¡Oh, piedra sagrada, primero inmóvil y dura, impenetrable y seca, rígida, grave, fría, estéril, infecunda, que mereciste hoy con tan espantosa mudanza ser trocada en agua dulce, amorosa, virtuosa,

deleitabile, copiosa y llena de gracia! De estas tus aguas beberán los hombres, las bestias, los hombres varoniles, sabios y de conocimiento, y también los brutales; los unos perseverando, los otros arrepintiéndose. Quoniam percussit petram.

¿No os parece que esta pecadora, que de sus ojos, ojos no ya, sino dos fuentes, distila tanta lluvia, que riega los pies de Cristo, por dolor, por amor, por devoción, por congoja de la vida pasada, sea aquella piedra resuelta en agua? [...] ¡Infelice y miserable mujer!, que por la poca guarda de la vergüenza mujeril, rompiendo el freno del temor de Dios, habiendo vivido licenciosamente, dejándose llevar de la mocedad, de la belleza, del ocio, de los deleites, fidelísimos pajes de Venus, de mujer se había trastrocado en piedra, y a los ánimos castos dañosa, y a los ojos limpios caída y despeñadero, tanto que encendía el deseo desordenado a amarla con aquel mirar lacivo, y al talle de otra nueva Medusa, de hombres los volvía en piedras. Una de las propiedades de la piedra es que tiene el fuego encerrado en el seno y no se parece ni lo echáis de ver si no herís el pedernal. Frío parece; en la mano le tomáis, no os quema; mas, ¡ea!, tocaldo con un eslabón, saltarán centellas, enciende la yesca, resplandece el fuego, quema la mano; luego fuego había escondido, sino que no se echaba de ver. (pp. 413-414)

Pecadora lujuriosa vuelta amante deshecha en lágrimas, piedra trocada en agua; tales son las metamorfosis de la Magdalena, espejo y ejemplo de amor.

Las lágrimas de santos pecadores fueron durante el Renacimiento tema favorito de muchos que poetizaron modelos de arrepentimiento, y que el poeta italiano Luigi Tansillo había ejemplificado en sus *Lagrima di San Pietro*, imitado por Erasmo di Valvasone en las *Lagrima di Santa Maria Maddalena* (1560) y seguido después por una extensa serie: *Lagrima di Santa Maddalena* de Giovanni Ralli, publicadas en 1588, el mismo año en que aparece *La Conversione di Maddalena* de Giuseppe Policreti. Durante el siglo xvi, Inglaterra abunda en obras dedicadas a María Magdalena: Wagner escribe *The Life and Repentaunce of Marie Magdalena* (1550); Robert Southwell *Mary Magdalene's Funerall Tears* (1594); Nicolas Breton *Mary Magdalene's Love. A Solemne Passion of the Soules Love* (1595) y *The Blessed Weeper* (1601); Jarvis Markman *Tears of the Beloved* (1600) y *Marie Magdalene's Lamentations for the Losse of the Master* (1601); ya a principios del siglo xvii Thomas Robinson publicó *The Life and Death of Mary Magdalene*. Francia se adhiere más tarde a esta tradición con Simeon-Guillaume de la Roque —*Les Larmes de la Madeleine* (1590)— y César de Nostredame, autor de *Les Perles ou*

les Larmes de Ste. Magdeleine (1606); Durant titulará su poema épico *Magdaliade* (1608) y Remi de Beauvais *Magdeleine* (1617); la obra *Muse Cretienne* (1613) de Raphael du Petit contiene un bello poema anónimo titulado *Larmes de la Magdeleine*; Jacques de Clerc continúa la tradición con *L'Uranie penitente ou la vie et la penitence de la Magdeleine*; ya avanzado el siglo xvii, Pierre de Saint-Loyus publicó su *Magdeleineau desert de la Sainte-Baume en Provence* (1668); y un año después Desmarest de Saint-Sorlin editó su *Marie-Magdeleine*. Etc.

La obra de Tansillo fue muy popular en España, y su poema de Magdalena traducido varias veces no solo en la Península sino hasta en la Ciudad de la Paz, actual Bolivia, donde el petrarquista Diego Dávalos y Figueroa escribe una estupenda versión española de *Las lágrimas de San Pedro* en su *Miscelánea austral* (1601). El poema de Valvasone, traducido primero por Juan Sedeño de Arévalo (1587) y después por el confesor de la duquesa de Osuna, fray Damián Álvarez (Nápoles, 1613), gozó de notable éxito. Al año siguiente de esta última traducción aparece en las *Rimas sacras* de Lope de Vega un largo poema de «Las lágrimas de la Magdalena», junto a un soneto a la santa que el Fénix publica en el mismo libro.

Aun teniendo en cuenta todas estas producciones, cabe decir que en pos de san Agustín, que prestó reiterada atención a María Magdalena, han sido los escritores agustinos quienes han llevado a su cumbre la figura de la pecadora de Magdala, sea en los sermones de Tomás de Villanueva y del santo Alonso de Orozco, en el lirismo de fray Luis, o en *La conversión de la Madalena* de fray Pedro Malón de Echaide, que provocó los elogios de Quevedo y la imitación Lope, y que tuvo gran éxito y difusión durante los siglos xvi y xvii, con numerosas ediciones y su traducciones a otros idiomas (al alemán en 1604, al francés en 1619, etc.).

En la portada de la primera edición Malón de Echaide deja clara la finalidad de su obra: comentario y paráfrasis del texto evangélico: *Libro de la conversión de la Madalena, en que se esponen los tres estados que tuvo de pecadora, y de penitente, y de gracia. Fundado sobre el evangelio que pone la Iglesia en su fiesta, que dice «Rogabat Jesus quidam Pharisaeus ut manducaret cum illo» (Lucae 7)*. En efecto, el libro

se divide en cuatro partes: porque, puesto que siguiendo la cuenta del evangelio bastaban solas tres, conforme a los tres estados que de la Madalena nos pinta (que el primero es de pecadora, el segundo de penitente, el tercero de gracia y amistad de Dios), con todo eso yo he antepuesto otra parte a

estas tres, que es el primer estado del alma antes del pecado, por parecerme necesario de saber cómo va cayendo del estado de gracia en el de pecado y para que de esta manera le hiciésemos la cama al evangelio y a sus primeras palabras (p. 102).

Dios y el hombre, la gracia y el libre albedrío, la caída y el perdón, así como el gran misterio de la predestinación, son temas fundamentales en san Agustín, todos ellos presentes en la leyenda de la Magdalena, personaje ideal para exponer la grandeza de Dios y la miseria del hombre; el amor de Cristo Salvador que produce el milagro de la conversión y el amor de la mujer pecadora.

Educado en la doctrina y en el espíritu agustino, Malón de Echaide encontró que el texto evangélico de *Lucas*, 7, 36-50 era el más adecuado para guía de su argumento: a partir de su comentario se puede comprender por qué las criaturas se alejan de su creador; la tristeza y la amargura que causa el pecado; el milagro de la conversión por la llamada gratuita de Dios y la respuesta del hombre; y, finalmente, el gozo y la felicidad que produce la presencia de Dios en el alma del justo. El pecado, la penitencia y el amor de Dios, la gratuidad de su gracia y la unión mística como desposorio espiritual entre Dios y el alma son temas básicos en *La conversión de la Magdalena*.

Fray Pedro, auténtica figura del Renacimiento español, aparece en *La conversión de la Magdalena* influido en buena medida por los clásicos greco-latinos y por los más relevantes humanistas italianos. Una simple lectura de la obra del agustino refleja la amplitud de su cultura clásica, que va desde Homero y Hesíodo hasta los alejandrinos, sin olvidar a Demóstenes, modelo de elocuencia que no podía ser indiferente al predicador, y los grandes filósofos Platón y Plotino, padre del platonismo y del neoplatonismo antiguo. Entre los poetas latinos no faltan citas de Lucrecio, Virgilio, Ovidio y Juvenal. Muestra un extraordinario conocimiento de la Patrística griega: Ignacio Clemente de Alejandría, Cirilo de Alejandría, Eusebio Emiseno, san Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno, Juan Clímaco y Máximo el Confesor; de los Padres latinos nombra a Lactancio, san Jerónimo, Hilario de Poitiers, san Gregorio Magno y, claro está, a san Agustín. De los medievales aparecen san Anselmo de Canterbury y el escolástico Santo Tomás, de imprescindible mención tras el Concilio de Trento y la implantación de su teología como el patrón de ortodoxia de la Iglesia Romana.

Clara muestra de los cambios de su tiempo, la gran influencia del Humanismo es el regreso a los Padres, dejando de lado a los Doctores de la Escolástica. El antiescolasticismo de los humanistas los llevó naturalmente a un antiaristotelismo (del que se eximía el *Arte poética*), y así, no es de extrañar que Aristóteles, escasamente citado, le merezca a Malón la opinión, ya expresada por Petrarca, de que «escribió con tanta oscuridad como si no escribiera».

A pesar de tan vasta erudición humanista, sus cimientos intelectuales se basan en un limitado número de autores, que dejarán clara huella en el pensamiento del autor cascantino: Platón, visto a través de sus comentaristas, y, naturalmente, san Agustín. El influjo del fundador de la Academia es patente no en la teoría de las Ideas, que a Malón le parece un desatino, ni en la doctrina del alma, que la encuentra pura imaginación, sino en el concepto de la hermosura y del amor. Pero lo que más sorprende en fray Pedro es que, junto a numerosas citas de san Agustín, dé preferencia a los filósofos neoplatónicos florentinos, con especial atención a Marsilio Ficino y Picco della Mirandola, partes de cuyas obras inserta en su libro, a veces traduciendo pasajes enteros.

Algunas de las claves que revelan los objetivos de Malón de Echaide se hallan en las primeras líneas de su tratado, esto es, en la dedicatoria «a la Ilustre Señora doña Beatriz Cerdán y de Heredia en el monasterio de Santa María de Casbas de Aragón», que en realidad constituye un prólogo semejante a las dedicatorias de fray Luis de León a Portacarrero en la tercera parte de *De los nombres de Cristo*, la de Boscán a la duquesa de Soma, las de Lope en varias de sus obras dramáticas, etc.

En general, este tipo de dedicatorias-prólogos cumplen una función de agradecimiento, protección o deuda: «y si no contara yo con lo mucho que a vuestra merced debo, y que so pena de ingrato grosero estoy obligado a buscar cómo desquitar algo de esta deuda». Asimismo, advierte el autor que para «desempalagar el gusto cansado de la prosa he encajado cosillas de verso, porque, aunque no es curioso, haga la variedad del estilo lo que había de hacer la bondad de la poesía», a imitación de la misma Biblia, que tiene libros en verso, como los *Salmos*, el *Libro de Job*, o el *Cantar de los cantares*, etc.

Como es natural en este tipo de dedicatorias-prólogos, no podían faltar algunas estereotipadas frases de *captatio benevolentiae*; así, Malón define a su «librito» como «borrones y niñerías», a su estilo como «pobre y desnudo» y en general a su obra como «tratadillos en lenguaje ordinario,

que en la lengua son comunes, en el estilo nada limados, en la materia no muy aventajada».

Malón de Echaide explica en el prólogo al lector que la intención primordial de su obra no es la de otros autores, que «procuran de buscar cosas nuevas o, si no lo son, hacen que el estilo de decillas lo sea», ni «eternizar su nombre» en busca de la fama, sino glorificar a Dios y convertir a los pecadores con el modelo de la Magdalena (*ut doceat*): «el deseo de acertar a decir algo en honra de Dios —que de grandes pecadores sabe hacer muy grandes santos—, y en gloria de la Madalena —que nos fue ejemplo de penitencia a los que estamos cargados de pecados» (p. 103). Indicada claramente su intención doctrinal, Malón recurrirá al procedimiento de dorar la píldora para que aproveche mejor, como hace el boticario, o el cocinero que acompaña al guiso con salsas para hacerlo más apetitoso:

La razón de esto es porque ya por nuestros pecados tenemos tan estragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud que para poder tragar lo que de esta materia se nos dice es menester dárnoslo con mil salsillas y sainetes y muy bien guisado (p. 99)

Vemos así que la primera finalidad del libro es doctrinal, pero para que no se nos «empalague» el «gusto» y hacer así más agradable la seriedad de la materia, intercala poesía en su prosa:

He querido poner aquí este salmo entero porque [...], como ya he dicho en el prólogo, están los gustos tan estragados con los muchos vicios, que para que puedan comer algo que les sea de provecho es menester dárselos guisado con mil salsillas, y aun plega a Dios que desta suerte lo detengan y no lo vomiten como comida indigesta. Y no sé si me engaño, pero pienso que con los versos se desempalagarán para tragar mejor la prosa (pp. 339-340)

y va a escribir esta última con un estilo ameno y de fácil comprensión. Afirma, citando a san Agustín: «Huelgo que me reprenda el gramático, a trueque de que todos me entiendan» (p. 113).

Malón explica, en su extenso prólogo a los lectores, cuál es la finalidad de su obra, que coincide con la de todo predicador en el momento de subir al púlpito, y que pretende enseñar, entretener —como estrategia comunicativa— y conmover el ánimo de los oyentes.

El agustino se propuso en *La conversión* adoctrinar al lector, educarlo al mismo tiempo que lo entretiene y de esta manera mover su afecto hacia Dios. De ahí su crítica contra toda lectura que se desvíe de este camino, como hacen los perniciosos los libros de caballerías o los amorosos y pastoriles:

Porque, ¿qué otra cosa son las libros de amores y las *Dianas* y *Boscanes* y *Garcilasos*, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadisés*, *Floriseles* y *Don Belianís*, y una flota de semejantes portentos como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso? (pp. 106-107)

Lasso de la Vega¹⁵ escribe sobre Malón:

Ningún escritor sagrado se encuentra en su época más intolerante, al expresar con la mayor energía su censura contra los libros profanos, que consideraba peligrosos. Su excesivo celo y sus escrúpulos en este sentido, le hacían colocar en el mismo grado de riesgo para la moral y las costumbres los libros de caballerías, que los bucólicos versos de Garcilaso. Tal rigor es exagerado.

Malón les reprueba a Boscán, Garcilaso, Montemayor y a los autores de libros de caballerías, no el estilo, que en muchos puntos de su obra hará suyo, sino el contenido de sus escritos, porque «Así son estos libros de tales materias que sin sentir cuándo os hicieron el daño os halláis herido y perdido» (p. 107).

Ya lejos del ámbito inquisitorial, y contando con el visto bueno de su prelado y el del obispo de la ciudad —a la sazón Dimos Loris— para la publicación de su obra, Malón también critica los censores que durante mucho tiempo le hicieron vivir en vilo:

los que el día de hoy piensan que tienen voto en todo y que todo lo saben y nada se les va por alto, ni dejan de ver por bajo que sea. Y quien los vea dar su decreto en todo linaje de libros que a sus manos llegan pensará que ha tornado al mundo otro Carnéades [...] Y mirado lo que son y lo que saben y para cuánto son ellos y qué es lo que hacen, son nada, sin virtud, mofadores, murmuradores, vicio vil y para hombres infame, y [...] dieron

¹⁵ Lasso de la Vega, «Fray Pedro Malón de Chaide. Su influencia en los adelantos del idioma castellano», p. 386.

ancha puerta al murmurar y roer sudores ajenos y pusieron escuela de maldecir a donde aprendiesen estos sus honrados discípulos (pp. 109-111).

Sin embargo, Malón nunca deja de someter todo lo escrito al magisterio de la Iglesia:

Solo ruego al discreto que esto leyere que antes de condenar lo que aquí y en el libro digo, lo piense y lo mire con atención, que si lo es así lo hará; y si algo dello le agradare, alabe al Señor conmigo, de quien viene todo; y si no fuere tal me avise con caridad cristiana, que me hallará prontísimo para corregir lo que no fuere muy conforme al sentido que la Iglesia Católica Romana tiene y confiesa, que ese mismo tengo yo y confieso (p. 119).

Lo más reseñable del prólogo es la brillante apología que hace Malón de la lengua castellana, que mereció los elogios del mismísimo Quevedo¹⁶. Merece transcribirse aquí algún pasaje por extenso:

Habiendo yo comenzado esta niñería en nuestro lenguaje vulgar con propósito de que quien me la pidió, pues no ha llegado a la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la doctrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradicción y resistencia para que no pasase adelante como si el hacerlo fuera sacrilegio o por ello se destruyeran todas las buenas letras y de ahí resultara algún grave daño y perdición a la república cristiana. Unos me dicen que es bajeza escrebir en nuestra lengua cosas graves; otros que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados, movidos por aquel dicho de Platón, que no era lícito profanar los misterios ocultos de la filosofía; que así lo hizo él mismo, y Aristóteles escribió con tanta escuridad como si no escribiera. Y el Redentor dijo: «No arrojéis las piedras preciosas a los puercos»; y que Hermes [Trisme] Trismegisto fue de este parecer, y así escribieron los más y graves y antiguos de los filósofos su doctrina debajo enimas y figuras. Finalmente, cada uno ha dado su decreto y dicho su alcaldada.

Podría responder a todos juntos que, como dijo mi padre San Agustín, «Huelgo que me reprenda el gramático, a trueque de que todos me en-

¹⁶ Escribió Quevedo en su *España defendida*, p. 44: «Déjote de referir con mayores encarecimientos, si lo son palabras que aún quedan a deber alabanzas a los sujetos, los *Nombres de Cristo* de Fray Luis de León, cuyas obras en todas lenguas triunfan de vuestra invidia. Dejo a Francisco Arias, Rivadeneira y Malón, singulares y poderosos a honrar una lengua con sus escritos».

tiendan». Así yo quiero, si pudiese, hacer algún provecho a los que poco saben de lenguas extranjeras, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago, mofador de trabajos ajenos.

A los que dicen que es poca autoridad escribir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: ¿la ley de Dios era grave? La Sagrada Escritura que reveló y entregó a su pueblo, adonde encerró tantos y tan soberanos misterios y sacramentos y adonde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparación, su encarnación, vida, predicación, doctrina, milagros, muerte, y lo que su majestad hizo y padeció por nosotros, todo esto junto y lo demás que con esto iba, pregunto a estos tales, ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moisés y los profetas? Cierto está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre, el tejedor y el cavatierra y el pastor y todo el vulgo entero. El santo profeta Amós pastor era, criado en varear bellota, en apacentar ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó su profecía escrita, pues cierto es que no aprendió en Atenas ni en Roma otro lenguaje que el que se hablaba en su tierra.

Pues si misterios tan altos y secretos tan divinos se escribían en la lengua vulgar con que todos a la sazón hablaban, ¿por qué razón quieren estos envidiosos de nuestro lenguaje que busquemos lenguas peregrinas para escribir lo curioso y bueno que saben y podrían divulgar los hombres sabios? Que yo no trato de mí, pues ni lo soy ni importaría mucho que lo que puedo sacar a luz se sepultase en silencio y olvido, mas dígolo por otros muchos y muy sabios que podrían dar luz con su doctrina y ilustrar nuestra lengua con su buen estilo.

Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa y que por eso la Escritura Sagrada se escribió en ella, pregunto: ¿no se tradujo en griego por muchos tradutores, y después no se escribió en latín, que era la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí. Pues si nuestro español es tan bueno como su griego y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por poco bien que se escriba en el nuestro se escribiría con más propiedad que en el ajeno, ¿por cuál razón les ha de parecer a estos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio en la lengua que aprendió en la leche, y Marco Varrón y Séneca y Plutarco y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianceno y San Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, y hicieron bien y estúvoles bien y pareció a todos bien. Y Platón, Aristóteles, Pitágoras, y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano, porque lo digamos así, de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar más que los términos que oyeron y aprendieron de sus madres, los entendían y hablaban dello, y ahora les pare-

ce a estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua, de suerte que quieren más hablar bárbaramente la ajena y con mil impropiedades y solecismos y idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto que reír y burlar y mofar a los extranjeros que ven nuestro desatino.

No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. ¡Pues cómo! ¿Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frasis ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que lo tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello. Esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso.

Y por salirme ya de esto, digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España y en su buena industria que con el favor de Dios habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia a alguna de las del mundo y tan estendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo, de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto se la quitemos como lo habemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habremos de tener paciencia con los murmuradores los que somos de los primeros en el dar la mano a nuestro lenguaje prostrado. (pp. 112-115)

Malón sabe que su actitud va a suscitar críticas, como le ocurrió a su maestro y hermano de Orden fray Luis de León, y por ello se adelanta para «responder a todos juntos que, como dijo mi padre san Agustín, “Huelgo que me reprenda el gramático, a trueque de que todos me entiendan”».

Malón de Echaide exhortará a los demás escritores a continuar su ejemplo:

Esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso.

Y por salirme ya de esto, digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España y en su buena industria que con el favor de Dios habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves

escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga invidia a alguna de las del mundo y tan estendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo, de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto se la quitemos como lo habemos hecho en lo de las armas (p. 115).

El ejemplo de Malón fue seguido por otros muchos predicadores. Así, uno de los primeros manuales de predicación publicados en España, *El perfecto predicador* (Baeza, 1612) de Bartolomé Ximénez Patón, fue editado conjuntamente con una *Apología orada en público concurso en prueba de que conviene que se escriban estos y otros libros de cualquier facultad en nuestra lengua vulgar española*, escrita por el licenciado don Fernando de Vallesteros y Saavedra.

Termina Malón su prólogo dando algunas reglas gramaticales, basándose en una lógica correspondencia entre la fonética y la grafía: «Digo, pues, una regla general: que tengo por acertado que se escriba cada palabra solo con aquellos caracteres y letras que pronunciamos cuando hablamos» (p. 117).

Es decir, según Malón se ha de escribir como se habla, y cada letra se tiene que emplear con un solo valor, y cada sonido de la lengua ha de ser representado en la escritura por una sola letra. En suma, *La conversión de la Madalena*, especialmente en su prólogo, constituye una valiosa aportación a la corriente renacentista que procuró dignificar las lenguas «vulgares».

Desde el punto de vista del contenido intelectual, Malón de Echaide expone en primer lugar la filosofía neoplatónica-agustiniana del amor, conforme a la línea de pensamiento que va desde Platón hasta san Agustín, pasando por Plotino, el Pseudo Dionisio Areopagita y Hieroteo, expresamente mencionados en *La conversión de la Madalena*; y también el objetivo final de la vida, así como el estado del alma antes del pecado. Como bien indica Alexander Parker,

la primera parte constituye la más clara y simple exposición que ofrece la literatura española de la doctrina platónica del amor, que Malón presenta como un movimiento cósmico circular que desciende de Dios a sus criaturas para volver a Dios, siendo el círculo ininterrumpido el amor ideal¹⁷.

¹⁷ Parker, 1986, p. 133.

Para Malón, Dios es el centro inmóvil y vivificador que con su amor produce la armonía del alma y de todo el universo. Las criaturas son las líneas radiales que se mueven en torno a su centro y viven y respiran en Él. El amor es la fuerza que las hace gravitar circularmente, por ser el círculo o esfera la figura más perfecta:

La figura esférica o circular es tenida en geometría por la más perfecta porque acaba en el punto donde comenzó, y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del *Apocalisi* (p. 129).

El hombre antes del pecado está en gracia de Dios, participa de su vida y es plenamente feliz. El círculo está completo, y el hombre tiende hacia el fin para el que fue creado: Dios, y así poder descansar y gozar eternamente en Él. Dios creó al hombre libre, con el poder de decidir pertenecer a Dios o rechazarle, amarle a Él o amar las criaturas, las cosas relativas. Por eso todas las criaturas añoran la belleza divina y encuentran su descanso al poseerla. La vida es la posesión más preciada por el hombre, y es lógico que desee la vida más perfecta, que es la de estar con Dios y en Dios.

El hombre tiene entendimiento y voluntad, y aquí se presenta una alternativa a la que los escritores ascéticos y místicos dieron soluciones diferentes, pero siempre dentro del círculo del amor perfecto. Los ascéticos y místicos intelectivos se inclinaban por el primero; los afectivos, como Malón, por la segunda:

El amor consiste en la voluntad, porque es efeto y ato propio suyo. La voluntad es la señora que manda a las demás potencias; el amor llámase potencia unitiva, que une al amante con el amado, sacándole de sí y llevándole a lo que ama y allí le trasforma y hace uno con él. Pues como el amor lleve la voluntad tras sí, y ella, por ser señora, lleve las demás potencias consigo, síguese que el amado es señor de todo el amante y el amante se trasforma en el amado (p. 141).

Por el entendimiento se conoce, por la voluntad se ama, y las cosas que valen más que nosotros, mejor es amarlas que entenderlas. Malón nos dice que para que todo el hombre se mude en mejor, lo primero que ha de hacer es amar a Dios:

Por esto dijo el glorioso padre Augustino: «Si tierra amas, tierra eres; si cielo amas, cielo eres; y si a Dios amas, Dios eres», conforme a lo que dice

el apóstol: *Qui adheret Deo, unus spiritus est cum eo* [1 *Ad Corin.* 6]. El que se une con el Señor, hácese una cosa con él y vive una vida misma y del mismo espíritu (pp. 130-131).

La segunda parte trata del «Estado primero de pecadora», donde se discute el estado pecaminoso de la Magdalena, y donde incluye, entre otras muchas digresiones, partes traducidas de la obra *Oratio de hominis dignitate* de Pico de la Mirandola, una de las más altas expresiones del ideario del hombre renacentista; un cuento sobre la reina Vasti, cuyo comportamiento escandalizó a la Corte; una repulsa contra la mujer liviana y el origen del vestido como causa del primer pecado de cuyas consecuencias aparece la vanidad humana; así, el vestido es la «golosina del pecado»:

luego que pecó, se corrió y afrentó el hombre de ver aquellas partes desnudas, por la razón ya dicha. Pienso también que luego sintieron rebeldía y desorden en sí mismos y entendieron que en pecando habían quitado el freno a la sensualidad y echaron de ver movimientos y barruntos sensuales en aquellas partes, y así comenzaron a correrse de lo que sentían, que hasta en aquel punto no habían experimentado. Viéndose así determinaron de remediar su daño con un medio harto ruin, que fue con hacerse sastres; y mirando por el jardín, parecioles que la higuera era la que más anchas hojas tenía, y quizá debía de estar más a la mano. Hilvaron algunas dellas e hicieron sendas cintas, con que se cubrieron como quiera. ¡Mira qué gentil ropa y a qué miseria les trajo su pecado y cómo los entonteció!

He aquí ahora la necesidad del vestido y su origen, y cómo son las vendas con que nos tomaron la sangre de las heridas del pecado. (pp. 218-219)

Estas digresiones serán utilizadas como ejemplos moralizantes y como «metáforas» para los pecados de la Magdalena.

El padre Malón, partiendo del texto evangélico, y tomando como figura central a la Magdalena como símbolo del pecador hace un breve análisis, primero sobre el pecado en general, y después sobre los pecados de la heroína. En el evangelio, nos dice el padre Malón, no se la llama por su nombre pues «en pecando el hombre se va Dios de su alma y con él la vida, y por el mismo caso queda muerto el pecador. Así lo dice el mismo apóstol: «El que no ama está en muerte». Luego si la Magdalena era pecadora, bien se infiere que estaba muerta. El muerto no tiene nombre» (p. 178). ¿Cómo podemos resucitar de esa muerte, salirnos del pecado y regresar a Dios, que es fuente de toda vida? Solo puede suce-

der esto mediante un milagro, pues Dios tiene que convertir al pecador sin violentar ni anular su voluntad:

es gran obra la conversión de un pecador y mayor que criar cielos y tierra, como dice mi padre Santo Agustín, porque al criar el mundo no hubo resistencia en las criaturas y así solo fue menester que de parte de Dios hubiese tanta fuerza que llegase con ella de no ser a ser, de nada a algo, mas en la conversión de un alma hay resistencia de parte del pecador, porque tiene la voluntad contraria a la de Dios (pp. 187-188).

Sigue Malón contándonos en qué situación se encontraba la Magdalena y las cuatro cosas que agravaban sus pecados; primero, eran pecados de sensualidad; segundo, eran públicos (la reina Vasti); tercero, eran escandalosos (la mujer liviana y el origen del vestido); cuarto, eran muchos.

La sensualidad entorpece el entendimiento y debilita la voluntad. En segundo lugar, por ser pecados públicos, la Magdalena había perdido su buena fama y su propio nombre y era llamada «la cantonera o, por otro nombre más disimulado, la cortesana» (p. 201). En tercer lugar, sus pecados eran escandalosos: «Hay pecados que, aunque lo son, no escandalizan a nuestros vecinos, como son los que vos solo cometéis y a vuestras solas; mas poner tienda de mal vivir, estos son muy aborrecibles» (pp. 209-210). Los pecados públicos, por escandalosos, son pecados contra el Espíritu Santo. Por último, lo que «hacía muy graves los pecados desta mujer era ser muchos. No quiero yo decir, ni Dios lo mande, que la misericordia suya tiene tasa, ni quiero estrechar aquella rica y liberal mano de mi Dios» (p. 235).

Después de analizar los pecados de la Magdalena y sus agravantes, plantea el padre Malón una cuestión sobre la diversa suerte de los pecadores de cara a la conversión. ¿Por qué unos siguen obstinados en sus pecados y otros, a pesar de sus muchos y graves pecados, se convierten? El religioso cascantino recurre, como tantas veces, a san Agustín para dar una respuesta:

Para mejor entendernos es menester saber que los santos y entrellos mi padre San Agustín, responden a esto que Dios solo se ha de entender que permite [1 *de pre. et gratia*, cap. 4], y que en los modos de hablar de la Escritura, siempre que la letra suena que Dios hace o manda algo que deduce de su infinita bondad, se ha de entender que solo es permisión y no mandamiento ni acción (p. 238).

La Magdalena de *La conversión* es el símbolo del arrepentimiento del ser humano en su paso del amor mundano al divino. Siguiendo nociones neoplatónicas supone que el amante se transforma en el amado, tanto en las relaciones humanas como divinas.

Es importante la fase del «desengaño» del mundo y de su banalidad:

En cayendo en la cuenta, en comenzando la luz divina a deshacer aquellas tinieblas de su entendimiento, comienza a pensar en su mal estado, en la mala vida pasada, y avergonzarse y afrentarse de sí misma. [...] ¿Quién me socorrerá en tanta desventura? Si me vuelvo a los hombres, esos me han traído a tan desdichado estado (p. 305).

Finalmente, la esposa desea regresar junto al marido legítimo (divino) y abandonar al falso (humano).

La «Tercera parte del Libro de la Madalena y el estado segundo que tuvo de penitente conforme a la letra del sagrado evangelio» está inspirada en dos versículos de Lucas (*Lucas*, 7, 37-38). Como sugieren ambos versículos, esta parte trata del dolor que sintió la Magdalena penitente por sus pecados. Están incluidos varios tratados sobre la naturaleza del ángel y del hombre, la predestinación, el libre albedrío y la gracia divina.

Comienza esta parte con el problema de la predestinación. El mismo año que vio la luz *La conversión de la Madalena*, el debate sobre la gracia y la predestinación adquirió enorme relevancia en el plano eclesiástico con la publicación del *Primer comentario sobre Santo Tomás* por el dominico Domingo Báñez y con la aparición de la *Concordia Liberi Arbitri cum gratiae donis, divina praescientia, providentia, praedestinatione et reprobatione* del jesuita Luis de Molina. La polémica fue tan apasionada que en 1602 la Curia Romana tuvo que intervenir y suspenderla.

¿Predetermina Dios *ab aeternitate* la voluntad humana para cada acto por un impulso o tendencia todo poderoso que se apodera de la libertad humana? ¿Es por su propia naturaleza la gracia eficaz? Es decir, ¿es la gracia eficaz por su propio poder o lo es por el consentimiento de la voluntad humana? La polémica apasionó a los teólogos españoles del siglo XVI, que se dividieron en dos grupos: los bañecianos y los molinistas. Los primeros, bajo la autoridad del dominico Domingo Báñez, subrayaron la importancia de la gracia, aunque nunca negaron el papel del libre albedrío; los molinistas, con la autoridad del jesuita Luis de Molina, resaltaron el libre albedrío. Según Luis de Molina, la gracia, por abundante que sea, solo llega a ser eficaz por el consentimiento del libre

albedrío. En otras palabras, la obra de la santificación es el resultado de la cooperación entre Dios y el hombre. Escribe Malón:

Espanta ver cómo Dios llama y atrae a uno a sí y a otro lo deja y aparta de sí; a uno saca de su pecado y a otro le deja revolcar en él; a uno, de grandísimo pecador le hace santo; al otro, de muchas virtudes y buena vida, al fin le deja y se condena; a un San Pablo, de corchete y porquerón de la justicia le hace apóstol, y a Judas, de apóstol, permite que pare en porquerón para prender a Cristo, y al cabo se ahorque (pp. 261-262).

Su primera explicación a estas cuestiones es que todos los pasajes de la Biblia donde se aborda la doctrina de la predestinación deben interpretarse en el sentido de que Dios lo que hace es permitir que el pecador se condene a sí mismo mediante el libre ejercicio de su voluntad. El problema queda sin resolver y la pregunta sin respuesta convincente. Al final de la vida unos se salvan y otros se condenan, unos son elegidos y otros reprobados. Malón de Echaide trata de aclarar esta cuestión acudiendo a san Pablo:

a este tal respóndale San Pablo por mí, que, escribiendo a los romanos, dice: «¡Oh, hombre!, ¿y quién eres tú que te atreves a responder a Dios? ¿Por ventura dirá la olla al alfarero por qué me hicistes olla y no fuente?» (p. 278)

Según Malón de Echaide, el texto de san Pablo no atribuye a Dios la condenación de los pecadores, sino al hombre pecador, que es el autor de la culpa y de la ofensa por las cuales ha merecido la condena y el castigo. El que Dios practique la misericordia con los que quiera, a pesar de sus pecados, no supone que falte a la justicia con los condenados. A propósito cita Malón a san Jerónimo, el cual decía que así como el calor del sol, siendo el mismo, derrite la cera y endurece el barro, según la naturaleza de la sustancia en que incide, así Dios con la misma luz ciega al que tiene enfermos los ojos del alma e ilumina al que quiere ver.

Ahora el religioso agustino se encuentra con el problema de la libertad humana: ¿cómo conciliar el libre albedrío con la predestinación? El hombre, a pesar de la elección divina, sigue siendo libre. Así tenemos el caso de la Magdalena que, pudiendo seguir en su pecado, cambió de vida y se convirtió a Dios libremente.

Dejó, afirma Malón de Echaide, Dios al hombre en manos de su albedrío, que pudiese hacer de sí lo que quisiese. Dióle mandamientos que guardar, y si quisiese guardarlos viviría en ellos. Luego en su volun-

tad está el guardarlos, mediante el favor de la gracia que le da Dios. Para salvarse son suficientes los medios ordinarios y las llamadas generales, aunque algunos gocen de medios extraordinarios y llamadas especiales. En la historia de la salvación existen bastantes personas que han sido objeto de una vocación especial. Malón de Echaide nos cita los casos de san Pablo y de san Agustín. Otro de sus razonamientos es que Dios no hace nada en vano y lo que cuenta es el fin. Dios conoce de antemano nuestro fin, aunque nosotros somos los únicos responsables.

Pero podemos preguntarnos: ¿por qué atrae Dios a una Magdalena cargada de pecados y a un Mateo trampeador, a un Zaqueo publicano, y se deja otros muchos que tendrían menos pecados que estos? El propio Malón dice que no profundizará demasiado por ser este un tema delicado y, además, poco aconsejable para la predicación. El problema no era solamente refutar la negación protestante del libre albedrío, sino evitar la polémica entre bañecianos y jesuitas; por eso, prudentemente, responderá con palabras de su maestro san Agustín: «Por qué Dios traya a este y no a aquel, no lo quieras escudriñar, si no lo quieres errar» (p. 292)

Con todo supone que María Magdalena quería cambiar de vida y caminar por la senda del bien con una actitud firme y decidida. Su decisión era irrevocable y el esfuerzo y el dolor de ella se vieron recompensados por el perdón y el amor de Cristo. A pesar de estas explicaciones, termina declarando: «Confieso, sin correrme dello, que no lo entiendo. [...] y me alegre y me regocijo en tener tan gran Dios que sus misterios no quepan en mi entendimiento» (pp. 293-294).

En esta tercera parte hay bastantes digresiones que tienen el propósito de hacer resaltar la necesidad de la penitencia individual. Así, en el capítulo 38, Malón explica que las lágrimas de la Magdalena le dieron salud, añadiendo como ejemplo el dolor de los judíos al salir de Jerusalén:

¡Oh, lágrimas derramadas por Dios, y cuánto valéis y cuánto podéis y cuánto acabáis! Acabáis cosas que al parecer humano son imposibles. Es el agua de la piscina que sanaba de todas las enfermedades. Mas aquella de Jerusalén sanaba a uno solo; vosotras sanáis a cuantos lloran como deben. ¿Quién dio la salud a María sino el baño que hizo de vosotras con que lavó los pies de Cristo y desenlodó los lodos de su conciencia? ¿Quién vio salir de Jerusalén al pueblo de los judíos? ¿Quién vio llevar a Babilonia los pocos que habían quedado vivos y escapado de las llamas que abrasaron aquel famoso templo y soberbias torres y suntuosas casas de aquella miserable

ciudad, ejemplo del furor y saña del airado Dios del cielo? Iban atadas las manos blandas de las doncellas tiernas, hinchadas con los ásperos y apretados nudos de los cordeles, descalzos los delicados pies, regando con la roja sangre el suelo y senda que guiaba a Babilonia; los inocentes niños, asidos a las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos a seguir los largos pasos del crudo vencedor y a quedar tendidos en aquellos campos para ser comidos de las fieras y de los perros; los viejos ancianos, reservados por algún hado cruel para ver tan desastrados casos, iban atadas las sagradas gargantas, ahogados del dolor, dando mortales suspiros; quedaban degollados los más valientes y toda la flor y fuerza de su ejército, y los sacerdotes muertos, porque en medio de las sagradas víctimas que ofrecían a Dios en su santo templo, llegando a deshora el bárbaro enemigo, no respetando al cielo, ni a las venerables canas, ni a las consagradas estolas con que estaban adornados, los degollaban entre los sacrificios, y salía la sangre justa a mezclarse con la de los novillos que sacrificaban por aplacar la gran majestad de Dios airado.

Iban, pues, cativos aquellos desdichados, y puesto que con el miedo que llevaban no osaban hablar palabra, porque ni aun para quejarse se les daba licencia, a lo menos los ojos, que, como tan libres, no podían ser impedidos, hacían su oficio derramando lágrimas y regando con ellas los caminos y campos por donde pasaban.

Dice la Escritura Sagrada que iban y lloraban y sembraban su semilla, y llama semilla a las lágrimas; de suerte que iban sembrando lágrimas, que verlos quebraba el corazón. Eran la semilla del infinito gozo que habían de coger del cativerio: *Venientes autem venient cum exultatione*, dice el salmo [Psal., 125]. Es verdad que iban llorando y sembrando lágrimas, pero volverán con gozo y regocijo, trayendo los manojos que habrán nacido de las lágrimas que sembraron (pp. 385-387).

Finalmente, Malón elogia la conversión de la Magdalena, así como la de san Agustín. El predicador que hay en Malón, partiendo de la experiencia de la pecadora de Magdala, se dirige a las otras mujeres que se hallan en circunstancias parecidas y las invita vehementemente a cambiar de vida.

En la cuarta parte examina el «Estado tercero del alma, en gracia después del pecado». Empieza con una larga discusión sobre el amor platónico, y desde esta base filosófica expone el versículo «*Quoniam dilexit multum*», ‘porque amó mucho’, enlazándolo estrechamente con el de la hermosura, donde el pensamiento de Marsilio Ficino dejará profunda huella en Malón, quien atraído por la síntesis de la filosofía de Platón

con la doctrina cristiana —especialmente la de san Agustín— llevada a cabo por el florentino, no dudará en traducir extensos párrafos de su obra *Commentarium in Convivium Platonis de Amore*.

Buena parte de esta sección se dedica la definición del amor, basándose en autoridades como Hermes Trismegisto, Orfeo, Platón, Plotino y Dionisio Areopagita, y al final se queda con la definición de san Agustín: «Es el amor una cierta vida que ayunta dos cosas, o a lo menos lo desea: esto es, el amante con el amado» (p. 514). A partir de este concepto de amor, explica el último estado de la Magdalena. Como en otros muchos escritores ascéticos utiliza como base el *Cantar de los cantares*, texto muy estudiado y comentado dentro de la espiritualidad agustiniana.

Arrancando de la consideración de Dios como principio, medio y fin de todo, desarrolla la doctrina de la circularidad. Lo primero que hace Dios es criar todas las cosas; lo segundo, elevarlas hasta Él; lo tercero, perfeccionarlas. El medio nos lleva al fin: así Cristo nos lleva al Padre, y como el imán atrae al hierro, el Hacedor atrae a sus criaturas:

los filósofos antiguos pintaban un círculo, y en el centro o punto del medio, que es indivisible, ponían la bondad; y en la circunferencia, que es el círculo, pusieron la hermosura. El centro es un punto estable, fijo, que no se muda y es indivisible. Del centro salen líneas divisibles, movibles e innumerables, que tiran hasta topar con la circunferencia, como lo vemos en los rayos de una rueda, que son una cosa con su centro y allí todos entre sí son uno, porque se topan en un punto y el punto es indivisible, y así los rayos en el centro son indivisibles; pero cuanto más se apartan del centro, tanto más se alejan entre sí y se dividen, y la circunferencia divisible anda siempre volteando y moviéndose sobre él, como la rueda sobre el eje (p. 499).

Dios es, pues, el centro universal de todas las cosas, simplicísimo, impartible y estable. Manuel Morales Borrero señala que la teoría del amor circular de Malón de Echaide es por «la trabazón de sus juicios, la precisión de sus conceptos y la importancia gráfica de su ideología, una de las valiosas aportaciones del Siglo de Oro dentro de la deiformación del alma»¹⁸.

En esta cuarta parte Malón de Echaide presenta a la Magdalena gozosa por experimentar el amor de Cristo; antes era «tienda de demonios», ahora «morada de Dios».

¹⁸ Morales Borrero, 1975, p. 218.

Concluye Malón de Echaide esta parte del libro con la muerte de la Magdalena y su definitivo encuentro con su amado Esposo, citando una vez más el *Cantar de los cantares*:

Llegó aquella bienaventurada hora, tanto tiempo deseada de María, y yo tengo por cierto que a aquella sazón bajó el celestial esposo vestido de fiesta, alegre y dando vida a cuanto miraba, y que vino acompañado de millares de ángeles, y llegando a aquel desierto, haciendo paraíso aquellas montañas, comenzó a decir con una voz tan dulce, que bastaba a resucitar los muertos: *Surge, prospera, amica mea, et veni* [*Can. 2*]: «Ea, levantaos, amiga mía, y dejá ya ese cuerpo mortal. Ya es pasado el invierno; ya son acabados los trabajos de la vida; ya es llegada la primavera de la gloria; ya comienzan a florecer las viñas y a dar olor; ya se oye la voz de la tortolilla, que gime sobre el olmo. Vení, pues, amiga mía, y seréis coronada; mirá que os espero; daos prisa».

Oyendo María la voz tan deseada y tan conocida del príncipe del cielo, deshecha en amor y ternura, respóndele: «¡Oh, rey de gloria, dulce amado mío! Conozco la deseada presencia tuya; ya el alma desea ir a ti. Veo ese hermoso rostro y oyo tu voz más suave que la de los espíritus celestiales; mi espíritu ha resucitado como de un profundo sueño; mucho ha que te aguardaba para gozarme contigo en tu gloria. Ya veo cumplido mi deseo; ya te veo; ya te oyo; ya te tengo; ya no te dejaré jamás (p. 548).

En definitiva, todo el discurso didáctico-moral de fray Pedro Malón de Echaide está fundado en el humanismo cristiano del siglo XVI y en la autoridad bíblica. Su obra es un buen ejemplo de concordancia entre el neoplatonismo y el pensamiento cristiano.

La conversión de la Madalena es la única obra que conservamos de Malón de Echaide, pero en ella hace referencia a otras tres obras suyas: el *Tratado de San Juan y de San Pedro*, el *Libro de Todos los Santos* y el *Tratado del Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo*. Se desconoce cuál ha sido la suerte de estos tratados; sabemos que no se publicaron en vida de Malón e ignoramos su paradero después de la muerte del mismo. El padre Santiago Vela fue el primero en levantar la liebre de una posible usurpación o plagio de los dos primeros tratados por parte de otro escritor agustino: Jerónimo de Saona, autor de dos obras tituladas *Discursos predicables literales y morales de la Sagrada Escritura y cuestiones positivas y escolásticas sobre cuál fuese más amado del Señor, Sant Pedro o Sant Joan* (Barcelona, 1598) y *Jerarquía celestial y terrena, y símbolo de los nueve estados de la Iglesia militante, con los nueve coros de los ángeles de la triunfante* (Barcelona, 1598 y Cuenca, 1603). Malón de Echaide ya tenía escrito

el *Tratado de San Pedro y San Juan* cuando estaba componiendo el de *La conversión*, según él mismo lo afirma:

mas tuve intención de imprimir, junto con este, otro que tengo hecho de San Pedro y San Juan, que creo que aunque es menor no es menos dulce; y a aquel llamaba yo segundo. Y como en el discurso de la impresión pareció que el de la Madalena crecía más de lo que los impresores y aun yo pensábamos, he habido de dejar el tratado de San Pedro por no hacer este libro de demasiado volumen, que lo fuera con aquel, poniéndolo todo junto (pp. 115-116).

El padre Santiago Vela conjeturó que este tratado

no solamente no se sepultó con el cuerpo del autor, sino que se imprimió pocos años después de su muerte, y es el que, a nombre del Padre Jerónimo de Saona, salió de las prensas de la capital catalana con la portada siguiente con el título de *Discursos / Predicables / Literales y Morales / De La Sagrada Scriptura / Y Questiones Positivas, Y Escolásticas / Qual Fue mas Amado del Señor, Sant Pedro, o / Sant Joan Evangelista*. Hállanse insertas en el texto muchas poesías en diversas clases de metros, algunas de ellas traducciones de salmos o paráfrasis de varios versillos de los mismos. Tan parecida es la obra en su conjunto a *La conversión de la Magdalena*, que no dudamos afirmar ser ésta hermana gemela¹⁹.

El segundo libro mencionado, cuyo paradero también se desconoce, es el *Libro de Todos los Santos*. De este Malón dice: «El primero fue con Noé; el segundo con Abraham; el tercero con su decendiente, o el *semen*, que dijo Dios, en que se habían de bendecir las gentes, que lo declaró San Pablo de Cristo nuestro Dios y yo lo he explicado en el *Tratado de todos santos*» (p. 217), añadiendo más adelante: «Mas de esto ya lo decimos largamente en el libro, que con el favor de Dios saldrá presto, de todos santos» (p. 285); y «Pero de las penas del infierno, ya a su tiempo en el *Libro de todos santos*, que saldrá tras este, digo harto» (p. 409). Es sospechoso que, muerto Malón de Echaide, no vuelva a tenerse noticias de obras que en tan gran estima parecía tener nuestro autor, tanto más cuando poco después, en la misma ciudad y por el prior del mismo convento, el ya mentado padre Saona, se publica *Jerarquía celestial y terrena*, que bien pudiéramos creer del padre Malón, pues en ella se

¹⁹Vela, 1920, p. 104.

sigue el mismo método de *La conversión de la Madalena*, entreverando la prosa con composiciones poéticas, versiones parafrásticas de los himnos de la Iglesia en el común de los santos, de algunos salmos, etc. Añade el padre Vela:

en los preliminares nada vemos que confirme nuestra creencia; el Padre Saona se declara autor de la obra, y los aprobantes y las autoridades que conceden la impresión, a él se la atribuyen; pero quedannos ciertas sospechas de que el libro compuesto por el Padre Malón sirviera, como el anterior, para la *Jerarquía celestial*²⁰.

En cuanto al *Tratado del Santísimo Sacramento*, aludido varias veces en *La conversión*, parece ser que tuvo distinta suerte. El padre Félix García cree que jamás llegó a escribirlo: «No existe, hasta ahora al menos, el menor indicio de que llegara a publicarse con su nombre, ni si, manuscrito, hubo quien lo utilizó, del modo que el P. Saona indudablemente hizo con los demás»²¹. Efectivamente, Malón presenta los otros dos libros mencionados (el *Tratado de San Juan y de San Pedro* y el *Libro de Todos los Santos*) como obras terminadas; sin embargo, sobre este nuevo tratado el escritor agustino solamente declara una intención: «Este lugar es divino para nuestro propósito, y también le traeremos para cuando hablaremos del admirable y suavísimo sacramento del cuerpo y sangre de Cristo en su *Tratado*» (p. 365); «En las cosas sobrenaturales y en las honestas, como son las de virtud, el amor consiste en el deseo y también en la posesión, como diremos en el *Tratado del Santísimo Sacramento*» (p. 489).

3. VALORACIÓN LITERARIA

En la mayoría de los manuales de literatura el comentario más citado es el que hiciera Marcelino Menéndez Pelayo, para quien la obra de Malón es «el libro más brillante, compuesto y arreado, el más alegre y pintoresco de nuestra literatura devota; libro en que todo es colores vivos y pompas orientales, halago perdurable para los ojos»²².

Para Ángel Valbuena Prat, en la obra de Malón se mezclan lo poético y la religiosidad

²⁰ Vela, 1920, p. 105.

²¹ F. García, prólogo a su edición de *La conversión de la Magdalena*, 1959, vol. I, p. XLIII.

²² Menéndez Pelayo, 1953, p. 400.

de galas pomposas y de sangre y de lágrimas, como en un paso procesional que habla a los sentidos, que conmueve, que excita el florido y retorcido sermón de un jesuita imbuido por los Ejercicios. Jesuitismo como el de los cuadros de Rubens y de parte del teatro de Calderón, pero, como en estos artistas, con algo más poético y creacional que en la mayoría de los secos tratadistas de la Compañía²³.

De acuerdo con la opinión de Valbuena, aunque más discreto en sus comentarios, Juan Luis Alborg destaca la variedad de recursos literarios y el ritmo de la narración que despiertan el interés del lector: Malón escribe «con profusión desbordante, hasta el extremo de dar a sus páginas un carácter casi novelesco y profano». De hecho Alborg piensa que el cascantino escribió *La conversión de la Magdalena* como ataque a la literatura caballeresca y pastoril: para «reemplazarlos en el deleite y gusto populares pretende el escribir su libro sobre la Magdalena [...] en esta intención se encuentra explicado el carácter de la obra»²⁴. En la misma línea se encuentran los comentarios de Justo García Morales, para quien *La conversión* trataba sin éxito de crear un nuevo género literario en el que se aunaran lo religioso y lo ameno, para competir con la literatura profana. En lugar de comparar, sin embargo, a Malón con el barroco de Rubens y Calderón, como hacía Valbuena Prat, García Morales opina que se trata de «un católico renacentista, de la misma escuela que fray Luis de León»²⁵, y acierta a ver en el escritor agustino la «preocupación culta y renacentista del estilo, [que] busca sabiamente el efectismo literario que produce el empleo de diálogos, el uso de refranes, de frases y giros populares, casi groseros»²⁶. Por su parte, el padre Félix García sintetiza algunas de estas opiniones añadiendo que en Malón de Echaide están presentes las características del Renacimiento español «que no se paraba solo en las formas, sino que calaba hasta el meollo mismo de las ideas, y que se encuentra con ímpetu más innovador realizado en los pensadores, filósofos y teólogos que en los literatos mismos»²⁷. *La conversión de la Magdalena* es, según el padre García, una amena y brillante paráfrasis del evangelio hecha para el gusto del pueblo.

²³ Valbuena Prat, 1957, p. 560.

²⁴ Alborg, 1981.

²⁵ García Morales, 1963, p. 11.

²⁶ García Morales, 1963, p. 16.

²⁷ F. García, prólogo a su edición de *La conversión de la Magdalena*, 1959, vol. I, p. XIII.

Pero no todos los autores comparten la idea del renacentismo de Malón. Muy al contrario, críticos como José F. Pastor o Stephen Gilman consideran que la obra del agustino representa precisamente la negación de los valores del Renacimiento. Helmut Hatzfeld, quien ha lanzado los más duros juicios sobre el autor navarro, lo compara con el misticismo de san Juan de la Cruz pero sin la calidad de este —lo cual no puede producir sorpresa alguna, puesto que Malón no es un místico—. Según el crítico alemán, como comentarista Malón «se convierte en un predicador fantástico, más aún, grotesco, que violenta, malentende y descoyunta el lenguaje bíblico»; y afirma que «cuando encontramos “divertidos” a los escritores espirituales es porque están lejos del misterio. Retórica alegórica frente a sustancias simbólicas son, en definitiva, términos equivalentes a incompreensión, no comprensión de un problema o mejor de un misterio»²⁸. Hatzfeld critica además la diferencia que existe en la obra entre la forma y el contenido, ya que tiene un tono demasiado ligero para el propósito tan elevado que persigue, resultando de ello un libro vacío de contenido:

En realidad la originalidad de esta contribución agustina a la literatura devota española reside en la importancia excesiva que se da a la expresión formal de un tema espiritual, que me parece, en cuanto yo puedo juzgarlo, como de segundo orden desde el punto de vista teológico, algo aparte, periférico y bastante vacío. Pero esta vaciedad aparece disimulada por las tres actitudes estilísticas fundamentales que acabamos de mencionar: plenitud afectiva, concreción pictórica y pedantesca inclinación mental al contraste²⁹.

Según Hatzfeld, Malón de Echaide pretende suplir su falta de experiencia mística con una desbordada fantasía, lo que niega Ángel Cilveti, quien nos recuerda que, tratándose de una obra dirigida al vulgo, tenía que ser captada por este. La crítica de este autor a la obra de Malón es otra muy distinta: lo que le reprocha es que no ofrezca una descripción de la vida mística en etapas bien ordenadas, sino tan solo una vaga visión del ideal místico³⁰.

Posiblemente debido a la desacertada utilización de los términos y los conceptos *místico* y *mística*, son varios los críticos que han valorado la obra de Malón desde la misma óptica que Hatzfeld, al considerar a

²⁸ Hatzfeld, 1955, p. 298.

²⁹ Hatzfeld, 1964, p. 242.

³⁰ Cilveti, 1974, p. 172.

Malón un místico, cuando es un escritor religioso y un filósofo-teólogo cristiano y neoplatónico, que no pretende en ningún momento presentar una experiencia personal e íntima del fenómeno místico, como es el caso de san Juan de la Cruz. Pedirle al libro y al autor lo que nunca quisieron ser es condenarse a una mala interpretación de ambos.

Malón de Echaide, como buen predicador cristiano, no es más que un mensajero de las Sagradas Escrituras. Compartimos, por tanto, la opinión de Oreste Macrí:

Toda la obra, enderezada a adivinar la esencia de la transformación en gracia y amor divino de la belleza, libertad, riqueza y juventud de la Santa pecadora, vibra de alegría, color y ornato, con análisis e invenciones exquisitas y elegantes; un profundo *pathos* humano sin sombra de escándalo externo emerge de un fuerte, vivaz y sereno tejido de prosa³¹.

Para Joseph Vinci, uno de los críticos que ha prestado más atención a Malón de Echaide³², *La conversión de la Madalena* no es un libro fácil de clasificar:

Desde luego, es un libro religioso, pero no del tipo que puede encerrarse en el estrecho molde de la literatura mística o ascética [...]. Consiste en varias dedicatorias, una serie de sermones interrumpidos por numerosas digresiones [...] todo presentado de una manera agradable, pero no siempre sistemática³³.

Por su parte, Álvaro Huerga, en su ensayo sobre la espiritualidad católica renacentista, compara el estilo de Malón con el de otros predicadores de la época: «la movilidad dialogadora de su pluma recuerda a los predicadores coetáneos, un Alonso de Cabrera, por ejemplo, que suelen ser formidables lectores de la vida en torno»³⁴. Acertadas son, a mi parecer, las opiniones del padre Isidro de la Viuda y Javier Clemente Hernández, posiblemente los mejores biógrafos del cascantino. Apunta el primero que «la personalidad de este agustino, primoroso escritor y pensador, va forjándose briosamente desde la cultura humanista del Renacimiento, la praxis religiosa de la época y el talante agustiniano»³⁵ y termina señalando

³¹ Macrí, 1970, p. 854.

³² Ver Vinci, 1955, 1957, 1960, 1961 y 1963.

³³ Vinci, 1957, p. 262.

³⁴ Huerga, 1969, p. 121.

³⁵ Isidro De la Viuda, 1992, p. 11.

que «no podemos entender la persona y la obra de Malón de Echaide si prescindimos de su faceta de orador»³⁶. Para Javier Clemente Hernández *La conversión* tiene «tanto de carácter expositivo y didáctico —no exento de vehementes ráfagas en su predicación— como de rigor metódico en la formación y disposición de los argumentos»³⁷. Fernando González Ollé, en su estudio de la historia literaria de Navarra, otorga a Malón de Echaide el lugar privilegiado que obviamente merece:

aunque la finalidad perseguida con su libro era de naturaleza ascética y pastoral, Malón supo, sin mengua de su propósito, conseguir una obra de factura literaria [...] quizá fuera más exacto decir que se apoyaba en las galas de la creación literaria para alcanzar el fin doctrinal³⁸.

En fin, para Jorge Aladro es en el resurgir de la teoría y práctica de la sagrada elocuencia donde hay que encuadrar el libro del padre Malón, si se quiere apreciar en su justo valor:

Vista desde esta perspectiva, *La Conversión de la Magdalena* no es una obra aislada, sino que su existencia se justifica de lleno, encontrando su obvia y natural explicación dentro de la lista de los ilustres libros devotos que en forma de tratado dieron cabida al sermón evangélico en lengua castellana³⁹.

4. APÉNDICE. LOS PRÓLOGOS

Recojo aquí, por su interés, la dedicatoria y prólogo a los lectores de *La conversión de la Madalena*, que es, me parece, una manera significativa de comprender los propósitos y perspectiva de fray Pedro a la hora de redactar su obra. Reproduzco, algo aligerado de notas, el texto a partir de la edición crítica que vengo citando.

³⁶ Isidro De la Viuda, 1992, p. 49.

³⁷ Clemente Hernández, 1995, p. 161.

³⁸ González Ollé, 1989, p. 135.

³⁹ Aladro, 1998, p. 16.

A LA ILUSTRE SEÑORA DOÑA BEATRIZ CERDÁN Y DE
HEREDIA, RELIGIOSA EN EL MONASTERIO DE
SANTA MARÍA DE CASBAS, EN ARAGÓN⁴⁰

El glorioso doctor san Jerónimo, en el prólogo que hace sobre la exposición del profeta Sofonías⁴¹, el cual dedica a sus santas devotas, Paula y Eustoquio⁴², dice así: «Antes que comience a interpretar a Sofonías, el cual es el noveno en la orden de los doce profetas, me parece, ¡oh, Paula y Eustoquio!, que será bien responder a los que se ríen de mí porque dejando de escribir a los varones, a quien podría dedicar mis trabajos y estudios, huelgo más de enviarlos y encaminarlos a vuestras manos y en vuestro nombre, los cuales se ahorrarían la murmuración si mirasen que Oлда, en tiempo del glorioso rey Josías, profetizó, callando los varones, como se cuenta en el segundo [2. *Paral.* 34. *Iudic.* 4.] del *Paralipómenon*, en el capítulo 34⁴³, y que Débora, que fue profetisa y juez de Israel juntamente, ella salió a la batalla y fue la capitana y caudillo del pueblo de Dios para dar la batalla contra aquel poderoso capitán de los cana-

⁴⁰ Doña Beatriz de Cerdán era hermana de don Ramón Cerdán de Escatrón, gobernador de la provincia de Aragón. El importante monasterio se halla en Casbas, Huesca.

⁴¹ *Sofonías*: uno de los doce profetas menores. San Jerónimo escribió varios comentarios sobre los profetas menores (Nahúm, Habacuc, Ageo...), entre ellos uno a Sofonías.

⁴² *Paula y Eustoquio*: san Jerónimo escribió también una epístola a Eustoquio, santa hija de santa Paula. Conoció a las dos en ocasión del concilio convocado por san Dámaso en el 382. En la epístola 108 *ad Eustichium* se refiere a las dos. Santa Paula vivió en Belén, practicando la vida monástica, después de abandonar Roma, y fundó tres monasterios. Poco se sabe de ellas más allá de lo que san Jerónimo escribe en sus textos.

⁴³ Comp. *Crónicas*, II, 34, 22: «Entonces Hilcias y los del rey fueron a Hulda profetisa, mujer de Salum hijo de Ticva, hijo de Harhas, guarda de las vestiduras, la cual moraba en Jerusalén en el segundo barrio, y le dijeron las palabras antes dichas».

neos llamado Sísara⁴⁴ y contra un innumerable ejército que traía; y esto a tiempo que Barac, el capitán de Israel, estaba amilanado de miedo y no osó ir a la guerra sin ella, por lo cual Débora le dijo: *Yo iré contigo a la batalla, mas esta vez no será tuya la gloria del vencimiento, pues una mujer los ha de rendir*, como se escribe en el capítulo 4⁴⁵ del *Libro de los Jueces*.

Tampoco ladrarían mis adversarios si mirasen que Judit, castísima y santísima, y Ester, en figura de la Iglesia⁴⁶, mataron los enemigos y libraron a Israel de gran peligro, como se cuenta en sus historias. Callo de Ana y Elisabet⁴⁷ y de las otras santas mujeres, cuyos resplandores, como de estrellas, los escondió y encubrió la clara luz del sol de María. Quiero venir a hablar de las mujeres gentiles, para que conozcan estos que, acerca de los filósofos del siglo⁴⁸, se buscaban las diferencias de los ánimos, no las de los cuerpos. Platón introduce a Aspasia disputando con los más sabios filósofos; Safo compite con Píndaro en la poesía; Temisto fue tenida en tanto como los más famosos de los sabios de Grecia; Cornelia, la madre de los Gracos, por su mucha elocuencia aprovechó mucho a que sus hijos fuesen famosos oradores⁴⁹. No se

⁴⁴ Toda la historia de Débora y Sísara es la que se cuenta en el cuarto capítulo del *Libro de los Jueces*.

⁴⁵ Exactamente en 4, 9: «Ella dijo: Iré contigo; mas no será tuya la gloria de la jornada que emprendes, porque en mano de mujer venderá Jehová a Sísara. Y levantándose Débora, fue con Barac a Cedés».

⁴⁶ Malón alude a la técnica de la tipología, según la cual figuras del Antiguo Testamento representan a las realidades del Nuevo: Judit y Ester son tipos o figuras significativas de la Iglesia.

⁴⁷ Santa Ana, madre de la Virgen, y santa Isabel, madre del Bautista.

⁴⁸ *acerca*: entre o según, expresión para citar un autor; *del siglo*: del mundo, por contraposición al cielo o vida eterna. Incluso en los filósofos paganos y profanos lo importante eran las cualidades espirituales, no las diferencias del cuerpo entre hombres y mujeres: es decir, hay muchas mujeres ilustres incluso en la sociedad profana.

⁴⁹ Fragmento del género de elogio de mujeres ilustres, que conoce muchos ejemplos en la literatura desde la época clásica. Aspasia de Mileto (470-400 a.C. aprox.) fue mencionada por Platón, Jenofonte, Plutarco y otros. Según algunas fuentes pudo ser una cortesana, pero en todo caso de profunda educación. Pericles tuvo un hijo con ella. Para algunos estudiosos fue el modelo de la Diotima de *El simposio* de Platón, aunque el filósofo satiriza su relación con Pericles en su diálogo *Menexeno*. La fama de la poetisa Safo hace innecesarias mayores observaciones. Se anotan todas estas referencias cuyo valor radica en su misma serie como ejemplos que justifican el dirigir el comentario a dos mujeres en vez de a varones sesudos... Puede compararse el pasaje con el de Juan Luis Vives en *La formación de la mujer cristiana*, libro I, cap. 4, por ejemplo, donde cita algunas de las que Malón evoca: «Si por el contrario enumeramos a todas las doctas, alcanzarían un lugar preeminente estas: Cornelia, la madre de los Gracos la cual educó a

corrió Carnéades⁵⁰, el más elocuente de los filósofos, de disputar cosas altísimas de filosofía delante de una matrona y en una casa particular, con ser el más agudo de los oradores y que cuando oraba en las academias y delante de los cónsules y principales hombres, los movía a dar voces⁵¹ con la fuerza de su retórica. ¿Qué diré de Porcia⁵², la hija de Catón, y mujer de Bruto, cuya fortaleza nos hace que no nos admire la de su padre y marido? Llenas están las historias griegas y latinas de las virtudes de las mujeres, y que pedían libros enteros para sus alabanzas; a mí, que camino a otras cosas, bástame para remate de este mi prólogo decir que, resucitando el Señor, apareció primero a las mujeres⁵³ y las hizo apóstolas de los Apóstoles, porque se afrontasen los varones de no buscar al que ya el flaco linaje de las mujeres había hallado».

Hasta aquí son palabras del bienaventurado doctor san Jerónimo.

sus hijos siendo ella misma un ejemplo de honestidad, Lelia, las Mucias, Porcia, la esposa de Bruto, que bebió copiosamente en los sabios consejos de su padre Catón; Cleobulina, hija de Cleóbulo, uno de los siete Sabios de Grecia, quien vivió tan entregada a las letras y a la sabiduría que, menospreciando toda clase de placer carnal, permaneció toda su vida virgen; la hija de Pitágoras siguió el ejemplo del padre, dirigió la escuela una vez que él hubo muerto y estuvo al frente del coro de las vírgenes; Téano, natural de Metaponto, perteneció a la misma escuela y doctrina, siendo igualmente conocida por su don profético y brilló también por su singular castidad. Cuenta san Jerónimo que las Sibilas fueron diez y todas ellas vírgenes; asimismo leemos que Calandra y Criseida, ambas profetisas de Apolo y Juno, fueron vírgenes. La virginidad fue una virtud común entre todas las mujeres vates. La Pitonisa en Delfos, que no podía ser sino una virgen, era quien respondía a quienes iban a formular preguntas; dicen que Femónoe, la primera de entre ellas, fue la inventora del verso épico [...] San Jerónimo escribe a Paula, a Letia, a Eustoquio, a Fabiola, a Marcela, a Furia, a Demetríades, a Salvia, a Heroncia».

⁵⁰ *Carnéades*: filósofo (214-129 a.C.), que fundó la Academia nueva. San Agustín lo rebatió en *Contra los académicos*; *correrse* 'avergonzarse'.

⁵¹ *movía dar voces*: Diógenes Laercio en sus *Vidas de filósofos ilustres* lo que dice es que el propio Carnéades, entusiasmado por sus razonamientos, alzaba la voz demasiado: «Era tan hábil en la filosofía, que hasta los maestros de oratoria dejaban sus escuelas y concurrían a oírlo. Tenía la voz muy recia, de manera que el jefe del gimnasio tuvo que enviarle recado que no gritase tanto; pero él respondió que le diese la medida de la voz. A esto repuso sabiamente aquél, diciendo: "Medida tenéis en los que os oyen"».

⁵² *Porcia*: arquetipo de fidelidad conyugal; cuando su marido Bruto muere, después de matar a César, ella se suicida tragando brasas encendidas. También es famosa la herida que se hizo en el muslo para demostrar a su marido que era capaz de guardar un secreto sin inmutarse ante el dolor. Es personaje indispensable en la evocación de mujeres valerosas y matronas fieles.

⁵³ Ver por ejemplo *Mateo*, 28, 1-10. Tras su resurrección Jesús se aparece primero a las mujeres, a María Magdalena y otras.

Yo, señora, las he querido traer aquí por responder con ellas a los que les podría parecer de mis borrones y niñerías lo que a aquellos por quien se excusa san Jerónimo, y aunque los ejemplos de mujeres ilustres que trae sean bastantes para mostrar que no son menos dinas de estima y de que se les dedique los trabajos santos y buenos y de hombres más dotos que yo, con todo eso, pudiera traer por mi parte mil otros en todo género de virtudes en que las mujeres han resplandecido y pasado tan adelante como el que más alta hizo la raya⁵⁴; de suerte que, con no caminales nadie delante, ellas dejan muchos atrás. Pero helo dejado porque no pareciese querer emendar lo que san Jerónimo dejó por bastante, y también porque, cuando los ejemplos no sobrarian, bastara conocer la bondad y valor y partes de vuestra merced y su claro entendimiento para que este mi librito, y otro que de más delgada⁵⁵ y subida materia fuera, estuviera bien puesto en manos de vuestra merced y dedicado a su nombre.

A una cosa sola quiero responder que se me podría preguntar. ¿Por qué razón, después de mis estudios acabados y habiendo tenido por tiempo de algunos años tan continuos ejercicios así de letura de la Sagrada Escritura en diversas universidades como de sermones en muchos púlpitos, y por la misericordia del Señor con algún aplauso y aceción⁵⁶ acerca de los que me han oído, agora que los que me conocen aguardaban algún gran parto de la preñez de tantos estudios, al cabo se han resumido en estos tratadillos en lenguaje ordinario, que en la lengua son comunes, en el estilo nada limados, en la materia no muy aventajada y en la cantidad son tan pequeños?

A esto respondo que tienen razón de ser de este parecer y pedirme esa cuenta, porque menos daño es no escribir que mal escribir o escribir lo que menos se esperaba.

Si no hubiera yo de contar con mi salud tan quebrada y corta, que me fuerza a aflojar el rigor del estudio cuando con más alientos le tomo, y me derrueca⁵⁷ de suerte que son menester grandes palancas de medicinas y apoyos de médicos para levantarme, y que si, llevado de mi natural inclinación, que es leer siempre y estudiar, quiero complacer

⁵⁴ *el que más alta hizo la raya*: 'el más hábil y suficiente en algo': *hacer raya*: aventajarse, esmerarse o sobresalir en algo.

⁵⁵ *delgada*: 'delicada, sutil, ingeniosa, excelente'.

⁵⁶ *aceción*: 'aceptación'.

⁵⁷ *derrueca*: 'derriba, hace caer'.

a mi deseo, no me tuviese tan maestro la experiencia que no supiese que cuanto he adelantado en mil meses de cuidado y cura de mi salud lo desando y vuelvo atrás en cuatro días de descuido y olvido en ella, tendrían razón de dar su censura en mis designios, y si no contara yo con lo mucho que a vuestra merced debo, y que so pena de ingrato grosero estoy obligado a buscar cómo desquitar algo de esta deuda (ya que pagarla toda ni mi caudal lo sufre por ser poco, ni el valor de vuestra merced lo consiente por ser mucho), y que he visto siempre que ha sido aficionada a las lágrimas, penitencia, amor y regalo de la gloriosa Madalena, y a aquella rica vivienda de la celestial Jerusalén y al trato de aquellos cortesanos del cielo y pajes de la gran casa de Dios, si con nada de esto hubiera de meterme en cuentas, quizá escribiera alguna otra materia en otro lenguaje, de la cual tampoco les faltara que cortar⁵⁸ a los censores del cielo y de la tierra, que por su solo gusto quieren medir los ajenos y que su antojo sea nivel de voluntades libres y ajenas; pero como no me atengo a sus pareceres, sigo el mío y mi obligación en esto, dejándoles el campo libre para que en lo que ellos escribieren suplan lo que yo falto y en mí reconocen, que a mí bástame contar con el gusto de vuestra merced y darle materia con que cebe el buen espíritu que el Señor le ha dado, de suerte que estos tratadillos sirvan de yesca con que se prenda en su corazón el fuego del amor que el hijo de Dios dijo que traía del cielo y venía a derramarle en la tierra⁵⁹.

Porque no podemos negar que la lección⁶⁰ de cosas santas no dé calor al alma y pecho de quien con deseo las oye. *Son las palabras mías como fuego*, dice el Señor por Jeremías, y como almádena, que rompe y desmenuza las peñas y guijarros duros⁶¹. Quéjase en aquel capítulo 23 de que muchos predicadores y ruines profetas vendían al pueblo sus sueños y mentiras por palabras de Dios, diciendo que Dios se las revelaba⁶².

⁵⁸ *les faltara que cortar*: les faltaría que murmurar y criticar.

⁵⁹ *fuego... del cielo*: comp. Lucas, 12, 49: «En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!».

⁶⁰ *lección*: lectura.

⁶¹ *Jeremías, 23, 29* «¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?»; *almádena*: maza de hierro con que parten las piedras.

⁶² Por ejemplo 23, 13-14, aunque en todo el capítulo: «En los profetas de Samaria he visto desatinos; profetizaban en nombre de Baal, e hicieron errar a mi pueblo de Israel. Y en los profetas de Jerusalén he visto torpezas; cometían adulterios, y andaban en mentiras, y fortalecían las manos de los malos, para que ninguno se convirtiese de su maldad; me fueron todos ellos como Sodoma y sus moradores como Gomorra»; y 23,

Pone el Señor una galana diferencia entre sus palabras y las que no lo son: que las de los hombres tan helado se dejan un corazón como le hallan y tan entero como antes que a él entrasen; mas las de Dios, cuando llegan al alma, derriten sus hielos, consumen lo terreno y cenagoso de sus deseos, abrásanla en amor y arde sin quemarse hasta echar llamaradas por la boca y ojos, con que aun a los otros enciende. Por esto, los dos discípulos que iban a Emaús, la mañana venturosa de la Resurrección, después de haberles desaparecido el Redentor, dijeron el uno al otro: «¿Ora no vistes cómo se nos abrasaba y ardía nuestro corazón, cuando nuestro buen Maestro nos hablaba en el camino y nos declaraba las Escrituras?»⁶³.

Lo segundo, dice que son sus palabras como martillo que rompe las piedras. No hay corazón de guijarro ni pecho tan berroqueño⁶⁴ ni de diamante que la fuerza de la palabra de Dios no lo desmenuce si el alma le da entrada, de suerte que de estas palabras se saca que la culpa de no hacernos provecho todo cuanto leemos de Dios y cuantos sermones oímos y lo que de su parte se nos dice, solo está de la nuestra y no de las palabras. Pero pues sé que de la de vuestra merced no hay esta resistencia, sin miedo puedo enviar este librito en que se entretenga leyéndole en ratos desocupados.

Podría parecer a alguno que es menos gravedad en materia santa mezclar versos y cosas de poesía, que parece que desautoriza en alguna manera así la escritura donde se pone como la persona que los hace, principalmente que no hay cosa tan fría⁶⁵ como cosas devotas en verso, cuando no es muy escogido y limado. Razón tienen, y aun yo soy enemigo de ello, si no es muy aventajado, y suelo decir que menos buen verso se sufre⁶⁶ en las cosas profanas que en las santas. La razón de esto es porque ya por nuestros pecados tenemos tan estragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud que para poder tragar lo que de esta materia se nos dice es menester dárnoslo con mil salsillas y sainetes⁶⁷ y muy bien guisado, y aun Dios y ayuda que así le podamos comer; pero como

16: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová».

⁶³ Cita el *Evangelio de san Lucas*, 24, 31-32.

⁶⁴ *berroqueño*: de granito, es decir, duro, insensible.

⁶⁵ *fría*: sosa, sin gracia.

⁶⁶ *se sufre*: se soporta, se aguanta.

⁶⁷ *sainetes*: aperitivos, incitativos.

las cosas del mundo y terrenas de suyo se tienen la lima y gusto con que se comen, por el estrago de nuestro apetito que nos quedó para el bien después del pecado, aunque no nos las den guisadas de tan buena mano las tragamos sin oro⁶⁸ con facilidad. Digo pues, que para solo desempalagar el gusto cansado de la prosa he encajado cosillas de verso, porque, aunque no es curioso, haga la variedad del estilo lo que había de hacer la bondad de la poesía.

Decir que es poca gravedad es engaño⁶⁹, salvo si no llamamos menos grave al regalado rey David, que tantos sonetos y canciones compuso y cantó a la arpa⁷⁰ divina, en alabanza del gran Gobernador del universo. Él mismo hizo las endechas tristes y romances de cuando no don Alonso de Aguilar murió en Sierra Nevada ni de los zamoranos⁷¹, sino de cuando Saúl y sus hijos murieron en los montes de Gelboé, y mandó que se cantasen en Israel, como ahora se cantan los romances viejos de Castilla.

¿También tenemos de decir que el santo Job, tan alabado de Dios, o el gran Moisés⁷², que dicen que escribió su libro, se desdoloró mucho porque desde el capítulo 4, que comienza a hablar el santo Job, diciendo: «Perezca el día en que nací y la noche en que mi madre me concibió», hasta el capítulo 42, donde dice el santo Job a Dios: «Por tanto, Señor, yo me reprendo y hago penitencia en cilicio y ceniza», todo esto está en verso hexámetro?, como lo dice el bienaventurado san Jerónimo, en el prólogo sobre Job. ¿Y quién será tan desatinado que ponga nota⁷³ en

⁶⁸ *sin oro*: las píldoras medicinales se solían dorar para disimular su amargor y hacerlas atractivas. Las cosas profanas no necesitan este disimulo, sino que gustan con facilidad debido a la inclinación del apetito tras el pecado original.

⁶⁹ 'Es erróneo decir que el verso, por el mero hecho de serlo, sea de menos gravedad'. Pone ejemplos de versos graves, como los de David y otros autores sagrados.

⁷⁰ *a la arpa*: acompañando sus canciones con la música del arpa. David era gran músico del arpa, como se narra en *Samuel*, 1.

⁷¹ Alusiones a episodios del Romancero. David hizo canciones tristes dedicadas no a la muerte de don Alonso o a los retos zamoranos, sino a la muerte de Saúl y sus hijos. La muerte de don Alonso de Aguilar se menciona en el famoso romance que empieza «Río Verde, Río Verde». Del cerco y los retos de Zamora hay muchos romances viejos: «Rey don Sancho, rey don Sancho», «Sobre el muro de Zamora», «Tristes van los zamoranos», «Ya cabalga Diego Ordóñez», etc. *Gelboé*: célebres montes en los que Saúl reunió a Israel en la lucha contra los filisteos (1 *Samuel*, 28, 4), en la que murieron él y Jonatán (1 *Samuel*, 31, 1-8; 2 *Samuel*, 1, 6; 21, 12; 1 *Paralipómenos*, 10, 1-8).

⁷² *Moisés*: es la forma habitual en el Siglo de Oro. Aunque el autor del *Libro de Job* es desconocido, la tradición lo atribuye a Moisés.

⁷³ *poner nota*: criticar, reprender, notar defectos.

el gran profeta Jeremías, el llorador de los duelos de Israel, porque hizo endechas y canciones tristes a la muerte del glorioso rey Josías, como parece en el capítulo 35 del segundo del *Paralipómenon*, y mandó que los músicos y cantoras las cantasen en todo el pueblo? Y aun añade la Escritura que quedó como ley en Israel el cantar sus lamentables⁷⁴ sonetos. Dejo las lamentaciones que compuso cuando la destrucción de Jerusalén hecha por Nabucodonosor, y otras muchas cosas que el Espíritu Santo ditó⁷⁵ en la Escritura en verso, y los niños del horno de Babilonia⁷⁶, que en verso convidaban a todas las criaturas a alabar al Hacedor de todas ellas, y dejó los demás cánticos que los famosos santos de los dos Testamentos cantaron en reconocimiento de las vitorias y otras particulares mercedes recibidas de mano de Dios, y vengo a los muchos santos que escribieron en verso gran parte de sus obras.

El gran teólogo Gregorio Nacianceno, maestro de san Jerónimo y dotor griego, fue estremado poeta. Los santos doctores de la Iglesia, Ambrosio y Gregorio el grande; san Hilario, obispo de Pitavia⁷⁷, muchos hinos⁷⁸ escribieron, con los cuales adorna la santa Iglesia los oficios divinos que canta a Dios y a sus santos. Al gran obispo de Roma, san Dámaso, por cuyo mandado y ruego el glorioso san Jerónimo dividió las Epístolas y Evangelios del año, no le embotó la lanza el escrebir muchas obras en verso para ser Sumo Pontífice de la Iglesia. El excelentísimo dotor san Tomás de Aquino poco le embarazó para ser santo y supremo teólogo por haber hecho los hinos y prosa que se cantan al Santísimo Sacramento⁷⁹. Callo a los claros poetas cristianos Prudencio, Sedulio, Teodulfo, Fortunato, Paulo, diácono cardenal, y a Elpis, mujer

⁷⁴ *lamentables*: tristes, dolientes.

⁷⁵ *ditó*: dictó, inspiró. En otras ediciones corrigen mal «dijo».

⁷⁶ Se narra este episodio en el libro bíblico de Daniel, 3. Ananías, Misael y Azarías son condenados a morir quemados por no acatar las órdenes idolátricas de Nabucodonosor. En el honor entonan un famoso cántico de alabanza a Dios: «Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos...». Convocan a los ángeles, aguas, sol, luna, astros, lluvia, rocío, luz, tinieblas... para que alaben al Señor.

⁷⁷ *Pitavia*: Poitiers. San Hilario de Poitiers nace a principios del siglo IV; fue autor de himnos anteriores a los de san Ambrosio; «el grande» es preferible asignarlo a san Gregorio (Magno), uno de los cuatro padres de la Iglesia latina, (con san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín), más que atribuirlo a Hilario 'el grande Hilario'.

⁷⁸ *hinos*: 'himnos', con simplificación del grupo consonántico.

⁷⁹ *cantan al Santísimo Sacramento*: como «Adoro te, devote», «Pange lingua».

del mártir Severino Boecio⁸⁰; los cuales todos con diversos linajes de versos cantaron las grandezas de Dios y de sus santos. Y pues tales y tan grandes varones no se desdeñaron de hacer versos, no tengo yo por qué correrme⁸¹ de mezclallos en lo que escribo.

Solo me queda agora el dar a vuestra merced cuenta del proceder en este *Tratado de la Madalena*, para que con más gusto se lea. Es pues la orden que se divide en cuatro partes: porque, puesto que⁸² siguiendo la cuenta del Evangelio bastaban solas tres, conforme a los tres estados que de la Madalena nos pinta (que el primero es de pecadora, el segundo de penitente, el tercero de gracia y amistad de Dios), con todo eso yo he antepuesto otra parte a estas tres, que es el primer estado del alma antes del pecado, por parecerme necesario de saber cómo va cayendo del estado de gracia en el de pecado y para que de esta manera le hiciésemos la cama⁸³ al Evangelio y a sus primeras palabras.

Bien sé que tendrán este y los demás tratados muchas faltas, así en la corta materia (que la llamo corta porque la trato yo cortamente), como en el pobre y desnudo estilo mío, que jamás supe otro mejor, y que solo tendrá de bueno el deseo de acertar a decir algo en honra de Dios — que de grandes pecadores sabe hacer muy grandes santos—, y en gloria de la Madalena —que nos fue ejemplo de penitencia a los que estamos cargados de pecados—, y a gusto de vuestra merced, que ha despertado mi pereza para que me ensaye en las cosas pequeñas para después podella bien servir en las grandes; y junto con estas tendrán otros muchos defetos que descubrirán en ellos otros mejores ojos que los míos, casi ciegos; mas, al fin, tan malo es temello todo como no temer nada.

⁸⁰ *Prudencio*: poeta hispanolatino, nacido quizá en Calahorra, autor entre otras obras de *Peristéphanon*, una colección de himnos a mártires; *Sedulio*: poeta del siglo V, cuyos *Cinco libros del poema pascual* fueron lectura habitual de los estudiantes en la Edad Media; *Teodulfo*: Teodulfo de Orleans, nacido hacia el 670, se distinguió en la corte carolingia; entre otras obras se le debe el himno del domingo de ramos «Gloria, laus et honor»; *Fortunato*: Venancio Fortunato (m. 609), coetáneo de san Gregorio Magno, otra figura clave en la historia de la himnodia; *Paulo Diácono*: pasó un tiempo también en la corte de Carlomagno, donde escribió muchos poemas y homilias; *Boecio*: famoso filósofo romano (480-525) conocido sobre todo por su *Consolación de la filosofía*; murió decapitado por orden del rey Teodorico. Su mujer, según las fuentes habituales se llamaba Rusticiana, pero una leyenda medieval atribuye el nombre de Elpidia a una primera esposa.

⁸¹ *correrme*: avergonzarme.

⁸² *puesto que*: aunque.

⁸³ *hacer la cama a un negocio*: facilitarlo.

Solo ruego a los que los leyeren emienden sus faltas⁸⁴ y más con caridad cristiana, más por celo del bien común que por odio del autor y su escritura. Y si alguna cosa hallaren que les dé gusto y parezca bien, den las gracias a Nuestro Dios de quien viene todo el bien, pero si cosa toparen menos buena y no tan bien puesta, que será lo más cierto, esa culpa débeseme a mí, que mía es y por hija propia la conozco. A vuestra merced suplico que en pago de este mi deseo me encomiende a Dios para que me dé su espíritu y me alumbre el entendimiento que no yerre, y me encienda la voluntad para que siempre le ame; y a vuestra merced la haga tan suya y le dé tanta parte de su amor cuanta suele dar a sus más regaladas esposas. Amén.

⁸⁴ *sus faltas*: las de este libro, no las de los lectores.

PRÓLOGO DEL AUTOR A LOS LETORES.

Aunque es verdad que en cosa tan poca⁸⁵ como es la materia de que en este librito se trata —que la llamo así no porque el sujeto⁸⁶ de él no sea muy alto y que para habello de tratar conforme a lo que pide su grandeza fuera menester un Demóstenes para la prosa y otro Homero para el verso, y después de haber gastado muchos años en pensallo y hinchido muchos libros en escribillo dijieran lo que pudieran y no lo que la materia pedía—, eran menester pocos preámbulos, pues él por sí se deja entender fácilmente; pero con todo eso, porque no vaya tan desnudo de la compostura y atavío que suelen llevar otros de su talle, y también por descubrir algo del motivo que tuve para dar lugar a que se mandase a la imprenta, he querido, demás de la carta que precede, donde digo algo de este mi intento, anteponer este prólogo a la obra, para que más de espacio puedan los que lo leyeren quedar satisfechos de que mi deseo ha sido bueno, si ya el efecto no le gasta.

Y también huelgo de dar más ancha cuenta del provecho que a mi parecer se puede sacar de que salgan a luz semejantes libros, y por qué escogí yo más esta materia que otras infinitas de quien pudiera echar mano y por ventura me hiciera con ellas más honra, si ya la pretendiera, y que quizá me salieran más acertadas que esta, que no sé qué acogimiento le harán los que la vieren. Digo, pues, que acordándome de lo que Salomón dice [*Eclesiastés*, último cap.] en las últimas palabras de aquel libro de sus esperiencias y de sus enfados donde, aunque en todo cuanto escribió anduvo discretísimo, como aquel cuya pluma la gobernaba el espíritu de Dios, pero en el *Eclesiastés* parece que lo estuvo con

⁸⁵ *tan poca*: tan de poca importancia.

⁸⁶ *sujeto*: tema, asunto.

una particular destreza, tanto que no falta quien crea que fue este libro su Benjamín, nacido en su vejez⁸⁷, y que lo escribió después de la desdichada caída de su idolatría, habiendo hecho penitencia de sus pecados; y así parece de un hombre muy caído en la cuenta, ya maduro y viejo y escarmentado en propios daños, de suerte que, queriendo rematar con su libro, dice, hablando con su hijo: *His amplius, fili mi, ne requiras*, hijo, por tu vida que te contentes con lo que yo aquí te dejo escrito; no busques más, que no sacarás sino cansancio; no te vayas tras cada novedad, ni vuelas tras cada libro que saliere, que nunca acabarás, porque *Faciendi plures libros nullus est finis*⁸⁸.

Es el ingenio humano tan amigo de rastrear y sacar cosas nuevas, que jamás descansa ni halla término adonde pare, y así, o procura de buscar cosas nuevas o, si no lo son, hace que el estilo del decillas lo sea y con esto cada cual quiere hacer un libro. Y de los que escriben, unos se mueven por deseo de eternizar su nombre y celebralle con viva memoria de que fueron en otro tiempo y supieron y escribieron. Estos por la mayor parte tratan de materias que ganan con ellas más aplauso entre los hombres que provecho o edificación de los fieles. Otros van por tan otro camino, que viendo que el mundo tiene ya cansado el gusto para las cosas santas y de virtud, y tras esto tan vivo el apetito para todo lo que es vicio y estrago de buenas costumbres, y que como si no bastaran los ruines siniestros⁸⁹ con que nacemos y los que mamamos en la leche, y los que se nos pegan en la niñez con el regalo que en aquella edad se nos hace, y como si nuestra gastada naturaleza, que de suyo corre desapoderada al mal, tuviera necesidad de espuela y de incentivos para despertar el gusto del pecado, así la ceban con libros lascivos y profanos, adonde y en cuyas rocas se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos y las buenas costumbres (si algunas aprendieron de sus maestros) padecen naufragio y van a fondo y se pierden y mal logran. Porque, ¿qué otra cosa son los libros de amores y las *Dianas* y *Boscanes* y *Garcilasos*, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadises*, *Floriseles* y *Don Belianís*⁹⁰, y una flota de semejantes portentos

⁸⁷ *Benjamín*: hijo menor de Jacob, que lo tuvo a los 96 años.

⁸⁸ *Eclesiastés*, 12, 12 «No hay fin en hacer muchos libros; el mucho estudio es fatiga de la carne».

⁸⁹ *siniestro*: vicio y mala costumbre que tiene o el hombre o la bestia.

⁹⁰ *Diana*: novela de Jorge de Montemayor; el *Amadís de Gaula* es seguramente la más famosa novela de caballerías, en la versión de Garci Rodríguez de Montalvo; *Florisel de*

como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso?

Pero responden los autores de los primeros que son amores tratados con limpieza y mucha honestidad, como si por eso dejaran de mover el afeto de la voluntad poderosísimamente y como si lentamente no se fuese esparciendo su mortal veneno por las venas del corazón hasta prender en lo más puro y vivo del alma, adonde, con aquel ardor furioso, seca y agosta todo lo más florido y verde de nuestras obras. Hallaréis, dice Plutarco, unos animalejos tan pequeños como son los mosquitos de una cierta especie, que apenas se dejan ver, y con ser tan nonada, pican tan blandamente que aunque entonces no os lastima la picadura, de allí a un rato os halláis hinchada la parte donde picó y os da dolor. Así son estos libros de tales materias que sin sentir cuándo os hicieron el daño os halláis herido y perdido.

¿Qué ha de hacer la doncellita que apenas sabe andar y ya trae una *Diana* en la faldriquera⁹¹? Si, como dijo el otro poeta⁹², el vaso nuevo se empapa y conserva mucho tiempo el sabor del primer licor que en él se echare, siendo un niño y una niña los vasos nuevos y echando en ellos vino tan venenoso, ¿no es cosa clara que guardarán aquel sabor largo tiempo? ¿Y cómo cabrán allí el vino del Espíritu Santo y el de las viñas de Sodoma (que dijo allá Moisés⁹³[*Deu.* 31])? ¿Cómo dirá *Pater noster* en las *Horas*⁹⁴ la que acaba de sepultar a Píramo y Tisbe en Diana? ¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso?

¡Cómo!, ¿y honesto se llama el libro que enseña a decir una razón y responder a otra y a saber por qué término se han de tratar los amores? Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías⁹⁵, y ná-

Niquea, de Feliciano de Silva, es el más famoso de la serie de los Floriseles; *Belianís de Grecia* es otro conocido libro, escrito este por Jerónimo Fernández. Tuvo varias continuaciones.

⁹¹ *faldriquera*: bolsillo.

⁹² *poeta*: se refiere a Horacio, *Epistulae*, 1, 2, 67- 69. Quintiliano, *Instituciones oratorias*, libro I, cap. I, 2: 'Porque naturalmente conservamos lo que aprendimos en los primeros años, como las vasijas nuevas el primer olor del licor que recibieron'. Malón habla del sabor, en vez del olor, pero el sentido es el mismo.

⁹³ En realidad alude a *Libro del Deuteronomio*, 32, 32: «Porque de la vid de Sodoma es la vid de ellos».

⁹⁴ *Horas*: libro de rezos, devocionario.

⁹⁵ *bachillerías*: argumentaciones parlanchinas.

celes un deseo de ser servidas y recuestadas⁹⁶, como lo fueron aquellas que han leído en estos sus *Flos Sanctorum*⁹⁷, y de ahí vienen a ruines y torpes imaginaciones y de estas a los conciertos⁹⁸ o desconciertos, conque se pierden a sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez; y la merecen los malos padres y las infames madres que no supieron criar sus hijas ni fueron para quemalles tales libros en las manos.

Los *Cantares* que hizo Salomón, más honestos son que sus *Dianas*; el Espíritu Santo los compuso, el más sabio de los hombres los escribió, entre esposo y esposa son las razones; todo lo que hay allí es casto, limpio, santo, divino y celestial y lleno de misterios, y con todo eso no daban licencia los hebreos a los mozos para que los leyesen, hasta que fuesen de más madura edad. Pues ¿qué hicieran de los que son faltos de tantas circunstancias de abonos como tienen los *Cantares* en su favor, esto es, para desengañar a los que se toman licencia de leer en tales libros con decir que son honestos?

Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras, sin pies ni cabeza, de que están llenos los *Libros de caballerías*, que así los llaman a los que si la honestidad del término lo sufriera con trastocar pocas letras se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías. Y si a los que estudian y aprenden a ser cristianos en estos catecismos les preguntáis que por qué los leen y cuál es el fruto que sacan de su lición, responderos han que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía para con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos, y mananimidad y nobleza de ánimo en perdonar a sus enemigos, de suerte que os persuadirán que *Don Florisel* es el *Libro de los Macabeos*, y *Don Belianís* los *Morales* de san Gregorio, y *Amadís* los *Oficios* de san Ambrosio, y *Lisuarte* los *Libros de Clemencia*, de Séneca, por no traer la historia de David, que a tantos enemigos perdonó. Como si en la Sagrada Escritura y en los libros que los santos doctores han escrito faltaran puras verdades, sin ir a mendigar mentiras, y como si no tuviéramos abundancia de ejemplos famosos en todo linaje de virtud que quisiéremos, sin andar a fingir monstros increíbles y prodigiosos.

¿Y qué efeto ha de hacer en un mediano entendimiento un disparate compuesto a la chimenea en invierno por el juicio del otro que lo

⁹⁶ *servidas y recuestadas*: cortejadas, requeridas de amores.

⁹⁷ *Flos sanctorum*: libros de vidas de santos, como el famoso de Ribadeneira; aquí es irónico.

⁹⁸ *conciertos*: acuerdos de amores.

soñó? Pues para reparo de los muchos daños que de estos libros nacen, muchos celosos de la honra de Dios y amigos del bien y medra de los fieles, han tomado la pluma y han escrito libros llenos de santa doctrina, de maravillosos ejemplos, de gravísimas sentencias y de dulce y deleitoso estilo, con los cuales han hecho mucho provecho a todos cuantos se han querido aprovechar de sus trabajos.

Viendo, pues, yo que cuanto a esta parte ya la república cristiana está bien pertrechada y tiene bastantísimo reparo contra este daño general que aquí digo y tan a costa de muchas almas y conciencias lo experimentamos, y también por no entrar yo en el número de los deseosos de escribir libros, que dice Salomón, y considerando que lo que yo podía sacar a luz era de tan poco momento⁹⁹ que muy bien se podía pasar sin ello la Iglesia de Dios, había determinado de no dar que censurar a los juicios libres de los que el día de hoy piensan que tienen voto en todo y que todo lo saben y nada se les va por alto, ni dejan de ver por bajo que sea. Y quien los vea dar su decreto en todo linaje de libros que a sus manos llegan pensará que ha tornado al mundo otro Carnéades¹⁰⁰, que se gloriaba en los juegos olímpicos que sabría razonar indiferentemente de cualquier cosa que se le preguntase. Parece que cada uno de ellos sea un Hípias sofista¹⁰¹, el cual se persuadió que sabía todas las ciencias y todas

⁹⁹ *de tan poco momento*: de tan poca importancia.

¹⁰⁰ *Carnéades... se gloriaba*: comp. por ejemplo Lactancio, *Institutiones*, 5, 14, 3-5: «con ocasión de haber sido enviado a Roma como embajador de Atenas pronunció un largo discurso sobre la justicia [...] Al día siguiente [...] dio la vuelta a lo que había dicho y defendió la tesis contraria [...] esto era lo que aquel acostumbraba a hacer: mostrar que era capaz de refutar cualquier afirmación hecha por otro».

¹⁰¹ *Hípias*: Hípias de Élide, conocido sofista del siglo V a.C., personaje de dos diálogos de Platón. Para sus habilidades comp. Platón, *Hípias menor*, 368b-e: «Ea, Hípias, examina libremente de esta manera todas las ciencias y mira si alguna es de otro modo. Tú eres con mucho el hombre más sabio en la mayor parte de ellas, según te oí yo ufanarte una vez en el ágora, en las mesas de los cambistas, cuando exponías tu envidiable y gran sabiduría. Decías que en cierta ocasión te presentaste en Olimpia y que era obra tuya todo lo que llevabas sobre tu cuerpo. En primer lugar, que el anillo —por ahí empezaste— era obra tuya porque sabías cincelar anillos; que también el sello era obra tuya, y asimismo el cepillo y el recipiente del aceite que tú mismo habías hecho, después decías que el calzado que llevabas lo habías elaborado tú mismo y que habías tejido tu manto y tu túnica. Lo que les pareció a todos más asombroso y muestra de tu mucha habilidad fue el que dijeras que habías trenzado tú mismo el cinturón de la túnica que llevabas, que era igual a los más lujosos de Persia. Además de esto, llevabas poemas, epopeyas, tragedias y ditirambos; y en prosa habías escrito muchos discursos de las más variadas materias. Respecto a las ciencias de que yo hablaba antes, te presentabas superando a todos, y también, respecto a ritmos,

las artes y mostraba para esto los zapatos y calzas, y un anillo que traía hechos por su mano y una piedra preciosa y una copa de vidrio y un vaso de madera y otras cosas que él mismo había hecho, y hablando y dando razón de cada cosa a los que lo oían como si fuera un dios de la tierra y de todas las diciplinas; o como si fuesen otro Gorgias Leontino¹⁰², tan osado que se jataba de que sin otra prevención ni estudio, respondería y disputaría de repente de cualquiera cuestión que cualquiera de los circunstantes le quisiese preguntar; como si cada cual dellos hubiese visto tanto como un Plinio o más que Teofrasto Paracelso¹⁰³, y así, ni más ni menos, les parece que pueden juzgar de todo y hablar con tanta liberalidad de lo que les viene a las manos como si en filosofía fueran unos Aristóteles, y en la moral unos Platones, en teología unos Augustinos, en Escritura unos Naciancenos y en lenguas unos Jerónimos. Y mirado lo que son y lo que saben y para cuánto son ellos y qué es lo que hacen, son nada, sin virtud, mofadores, murmuradores, vicio vil y para hombres infame, y tienen una nativa arrogancia injerta y nacida consigo mismos, que crece con ellos a la sombra del favor de Hiponace y Teón, y de la cuadrilla de Timágenes, Gratino y Arquíloco, Staterio y Aristófanes¹⁰⁴, que con los furiosos rayos de sus palabras, y con la mordacidad y aspereza de Anaxarco, y con el impetuoso curso de decir de Teócrito¹⁰⁵, dieron

armonías y propiedades de las letras, y a otras muchas cosas además de éstas, según creo recordar. Por cierto, se me olvidaba la mnemotecnia, invención tuya, según parece, en la que tú piensas que eres el más brillante. Creo que se me olvidan otras muchas cosas».

¹⁰² *Gorgias Leontino*: se decía que solía defender una tesis, y después de derrotar a sus oponentes, defendía improvisadamente la contraria, demostrando su capacidad retórica. Ver el diálogo platónico *Gorgias*.

¹⁰³ *Plinio*: autor de la monumental *Historia natural*, donde se habla de innumerables temas. Teofastro Paracelso (1493-1541) fue famoso alquimista, médico y astrólogo suizo.

¹⁰⁴ Serie de personajes aducidos aquí por ser de mala lengua y afectos a la murmuración y la crítica. A *Hiponace* o Hiponacte de Éfeso (siglo VI a.C.) se le considera a veces el inventor de la parodia; hay varios escritores, filósofos y retóricos llamados Teón; no queda claro a cuál pueda referirse Malón; Timágenes de Alejandría vivió en el siglo I y tuvo fama de lengua venenosa; Gratino o Cratino fue un poeta ateniense autor de comedias políticas en las que atacaba violentamente a Pericles; Arquíloco (siglo VII a.C.) es conocido poeta lírico cuya figura evocó Plutarco, y caracterizó por sus enemistades y polémicas; de Staterio no hallo noticias. Sobre el comediógrafo Aristófanes no hace falta nota. Horacio, epístola «Ad Maecenatem» (*Epístolas*, libro I, 19) menciona a Cratino, Timágenes y Arquíloco, apuntando en algún caso sus tendencias satíricas y picantes.

¹⁰⁵ *Anaxarco*: filósofo al que según algunas fuentes hizo machacar Anacreonte Ciprio para castigar sus mala lengua. Por lo mismo se dice que el rey Antígono mató a Teócrito Quío.

ancha puerta al murmurar y roer sudores ajenos y pusieron escuela de maldecir a donde aprendiesen estos sus honrados discípulos.

Así yo, temiendo esto que digo, había dejado a un rincón estos papeles que de la gloriosa Madalena había escrito a petición de una señora religiosa y como cosa dina de olvido se han dormido muchos años en mi escritorio, sin hacer de ellos otra cuenta que la que se suele hacer de ratos perdidos. Sucedió que, sin pensallo, vinieron a manos de mi prelado; violos y leyolos y mandome que los sacase en público. Obedecí, porque tenía obligación, y aventuré todo lo que podría perder con los censores de quien he hablado. Harto será si con los prudentes no pierdo, que de los demás bien me consolaré.

De aquí nace una cosa, que alguno, no entendiéndola, podría acusármela, y es que cuando yo comencé a hacer esta niñería¹⁰⁶ no faltó a quien le pareció mal que fuese en nuestra lengua española, y tuve necesidad de responder a esta acusación que se me ponía, y entonces hice en un prólogo lo que también pondré en este. Como después, por las razones que he dicho, lo dejase todo a un rincón, y se han pasado algunos años, he visto que en un librito, impreso de tres años y aun de menos a esta parte, puesto por un muy curioso y levantado estilo y con términos tan pulidos y limados y asentados con extremo artificio (en quien se verá la grandeza y majestad de palabras de que nuestra lengua castellana está como preñada y que tiene gran riqueza y copia y mineros¹⁰⁷, que no se pueden acabar, de luces y flores y gala y rodeos en el decir), y que en aquel libro está el adorno que los celosos del lenguaje español pueden desear (el *Libro de los Nombres de Dios*, del padre maestro fray Luis de León es de quien digo) habiéndole sucedido con él y su divulgación lo que a mí con este antes de publicalle, tuvo necesidad de oponerse a la afrenta y sin justicia que a la lengua se le hacía, y así, constreñido de este agravio, añadió otro tercero libro a los dos que había impreso, en cuyo principio hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo había escrito a ese mismo propósito¹⁰⁸.

Y aunque aquí pudiera yo dejar de poner las mías y remitir a los letores a que allá las lean, con todo eso, pues esto es cierto que las es-

¹⁰⁶ *niñería*: cosa de poca importancia.

¹⁰⁷ *copia y mineros*: copia 'abundancia'; minero, criadero de minerales; alude metafóricamente al depósito de riquezas de la lengua castellana.

¹⁰⁸ Malón se refiere a la segunda edición de *Los nombres de Cristo* (Salamanca, herederos de Matías Gast, 1585).

crebí yo años antes, no dejaré de ponellas. Y nadie tenga a mucho que nos hayamos topado en esto, pues siendo verdad la que tratamos y tan fundada en buena razón, no es milagro que topen dos con ella y con los fundamentos en que apoya y estriba. [Contra los mofadores de trabajos ajenos, y de la lengua española.]

Digo, pues, que hay hombres que con no ser ellos para nada ni levantarse a cosa de virtud su pensamiento, toman por oficio decir mal de todo aquello que no va medido con su grosero juicio. Tienen otra cosa rara dina de tales sujetos, y es que si oyen algo fuera de lo que ellos han leído en cuatro autores de gramática, lo asquean tanto y lo burlan y mofan de tal suerte como si solo aquello con que ellos han desayunado su entendimiento fuese lo cierto y de fe, y lo demás fuese patraña y sueño. Bien sé quel ingenio humano no se contenta de una manera ni con las mismas cosas, y así de lo que a unos parece bien de eso mismo murmuran otros, y aquellos admiran y engrandecen lo que estos abominan y burlan, mas a lo menos podrían dejar pasar con modestia cristiana lo que no viene tan pegado con su gusto como ellos desean y ensayarse ellos en cosas semejantes, para que cuando vean que no es tan fácil como ellos lo soñaban, con esto, ya que no tengan en mucho los ajenos trabajos, dejaran siquiera de murmurar dellos y de sus autores.

Habiendo yo comenzado esta niñería en nuestro lenguaje vulgar con propósito de que quien me la pidió, pues no ha llegado a la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la doctrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradicción y resistencia para que no pasase adelante como si el hacerlo fuera sacrilegio o por ello se destruyeran todas las buenas letras y de ahí resultara algún grave daño y pérdida a la república cristiana. Unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados, movidos por aquel dicho de Platón, que no era lícito profanar los misterios ocultos de la filosofía; que así lo hizo él mismo, y Aristóteles escribió con tanta oscuridad como si no escribiera. Y el Redentor dijo: «No arrojéis las piedras preciosas a los puercos»¹⁰⁹; y que Hermes [Trisme] Trismegisto¹¹⁰ fue de este parecer, y así escribieron los más y graves y

¹⁰⁹ En *Mateo*, 7, 6.

¹¹⁰ *Hermes Trismegisto*: personaje mítico, autor supuesto de textos ocultistas y misterios enigmáticos.

antigos de los filósofos su doctrina debajo enimas y figuras. Finalmente, cada uno ha dado su decreto y dicho su alcaldada¹¹¹.

Podría responder a todos juntos que, como dijo mi padre san Agustín, «Huelgo que me reprenda el gramático, a trueque de que todos me entiendan». Así yo quiero, si pudiese, hacer algún provecho a los que poco saben de lenguas extranjeras, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago¹¹², mofador de trabajos ajenos.

A los que dicen que es poca autoridad escrebir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: ¿la ley de Dios era grave? La Sagrada Escritura que reveló y entregó a su pueblo, adonde encerró tantos y tan soberanos misterios y sacramentos¹¹³ y adonde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparación, su encarnación, vida, predicación, doctrina, milagros, muerte, y lo que su majestad hizo y padeció por nosotros, todo esto junto y lo demás que con esto iba, pregunto a estos tales, ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moisés y los profetas? Cierto está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre, el tejedor y el cavatierra y el pastor y todo el vulgo entero. El santo profeta Amós¹¹⁴ pastor era, criado en varezar bellota, en apacentar ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó su profecía escrita, pues cierto es que no aprendió en Atenas ni en Roma otro lenguaje que el que se hablaba en su tierra.

Pues si misterios tan altos y secretos tan divinos se escribían en la lengua vulgar con que todos a la sazón hablaban, ¿por qué razón quieren estos invidiosos de nuestro lenguaje que busquemos lenguas peregrinas para escrebir lo curioso y bueno que saben y podrían divulgar los hombres sabios? Que yo no trato de mí, pues ni lo soy ni importaría mucho que lo que puedo sacar a luz se sepultase en silencio y olvido, mas dígolo por otros muchos y muy sabios que podrían dar luz con su doctrina y ilustrar nuestra lengua con su buen estilo.

Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa y que por eso la Escritura Sagrada se escribió en ella, pregunto: ¿no se tradujo en griego por muchos tradutores, y después no se escribió en latín, que era

¹¹¹ *alcaldada*: necedad, tontería.

¹¹² *bachiller de estómago*: el que no se sabe declarar, y se le queda en el estómago lo que debía decir.

¹¹³ *sacramento*: aquí sobre todo en el sentido de ‘misterio, cosa arcana, oculta’.

¹¹⁴ *Amós*: era pastor y cultivador de higos. Ver *Amós*, 1, 1: «Las palabras de Amós, que fue uno de los pastores de Teco».

la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí. Pues si nuestro español es tan bueno como su griego y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por poco bien que se escriba en el nuestro se escribiría con más propiedad que en el ajeno, ¿por cuál razón les ha de parecer a estos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio¹¹⁵ en la lengua que aprendió en la leche, y Marco Varrón y Séneca y Plutarco y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianceno y san Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, y hicieron bien y estúvoles bien y pareció a todos bien. Y Platón, Aristóteles, Pitágoras, y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano, porque lo digamos así, de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar más que los términos que oyeron y aprendieron de sus madres, los entendían y hablaban dello, y ahora les parece a estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua, de suerte que quieren más hablar bárbaramente la ajena y con mil impropiedades y solecismos¹¹⁶ y idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto que reír y burlar y mofar a los extranjeros que ven nuestro desatino.

No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. ¡Pues cómo! ¿Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frasis ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que lo tratan quieren mostrar un poco de curiosidad¹¹⁷ en ello. Esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso.

Y por salirme ya de esto, digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España y en su buena industria que con el favor de Dios habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida

¹¹⁵ *Tulio*: Marco Tulio Cicerón. Todos los citados son grandes nombres de la cultura clásica y cristiana.

¹¹⁶ *solecismo*: falta de sintaxis, error idiomático.

¹¹⁷ *curiosidad*: cuidado, atención.

en su perfección, sin que tenga invidia a alguna de las del mundo y tan estendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo, de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto se la quitemos como lo habemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habremos de tener paciencia con los murmuradores los que somos de los primeros en el dar la mano a nuestro lenguaje prostrado.

Volviendo, pues, a mi propósito primero, digo que por espreso mandamiento de mi prelado, he habido de hacer imprimir este librito, cuyo título le parecerá al lector que va errado; pues digo que es *Tratado primero de la Madalena*, no sucediéndole segundo de la misma ni de otra materia. Razón tienen; mas tuve intención de imprimir, junto con este, otro que tengo hecho de san Pedro y san Juan¹¹⁸, que creo que aunque es menor no es menos dulce; y a aquel llamaba yo segundo. Y como en el discurso de la impresión pareció que el de la Madalena crecía más de lo que los impresores y yo aun pensábamos, he habido de dejar el tratado de san Pedro por no hacer este libro de demasiado volumen, que lo fuera con aquel, poniéndolo todo junto.

Dije al principio deste prólogo que hacían gran daño a muchos los libros de poesía profana y por si pudiese yo reparar alguna parte de este daño, he querido probarme a hacer algunos versos y salir *velut anser inter olores*, que suelen decir¹¹⁹. Bien sé que no son los más escogidos ni más bien trabajados del mundo, mas lo que les falta de curiosidad en la compostura les sobra de bondad en la materia y de grandeza en el sujeto. Podría ser que hecho el gusto a estos salmos y canciones divinas, vengan algunos a desgustar de las profanas.

[Del modo de escribir] El que con curiosidad notare el estilo del escribir y diferencia de letras con que va escrito este libro, verá alguna variedad y que no va conforme en todo, antes el tercio último dél y la carta y este prólogo van escritos con letras diferentes de lo que se suele escribir y de lo que hallamos en los libros impresos hasta aquí¹²⁰. Quiero

¹¹⁸ No tenemos noticia de la publicación de este libro.

¹¹⁹ 'Como un ganso entre los cisnes'. Es pasaje de Virgilio, en el que se compara (falsa modestia) con Vario y Cinna, comparando con los cuales parecería un ánsar o ganso entre cisnes, *Bucólica* 9, 36.

¹²⁰ Es decir, van —aunque no siempre— con grafías más prácticas y cercanas a la fonética, según lo que defiende en lo que sigue. Por ejemplo, la conjunción copulativa se indica en este prólogo con *i* latina y en el resto del libro con *y* griega, se simplifican las

dar razón de esta variedad. El no poderme hallar presente a alguna parte de la impresión, y cuando llegué ver que ya se habían proseguido muchos pliegos con los caracteres que de ordinario se suelen escribir los términos y palabras castellanas, me hizo no poder volver a emendar lo ya tirado¹²¹. Y también porque como los impresores tenían largo curso de componer a lo antiguo, y como sea dificultoso dejar una larga costumbre, aunque yo procuraba que compusiesen como yo quería y escribía, no podían estar tan advertidos que no se volviesen muchas veces a lo antiguo y acostumbrado.

La razón del escribir así es porque confieso que nuestros españoles han estado en una inorancia mamada en la leche acerca de las letras con que se ha de escribir, y yo he sido uno de los engañados en esto hasta que he visto algunos libros impresos con los caracteres propios. Y aunque los autores de aquellos se contentaron de escribir bien y callaron la razón de esta emienda que hacían del avieso¹²² pasado, quiero yo así de paso mostrar que aciertan lo que hasta hoy se ha errado, dejando a otros más desocupados esta empresa para que hagan arte della y la enseñen a los que no la saben.

Digo, pues, una regla general: que tengo por acertado que se escriba cada palabra solo con aquellos caracteres y letras que pronunciamos cuando hablamos y tengo por yerro y risa lo que algunos dicen, y es que si la lengua española se aprovecha y hace propios algunos términos latinos, que aunque les muden la pronunciación dicen que no les han de quitar las letras que tenían en la lengua latina. De aquí se sigue que he de escribir *ombre*, *onra* y no *hombre* y *honra*, porque yo no pronuncio la *h*. Ni he de escribir *nascere*, sino *nacer*; *conocimiento*, no *conoscimiento*; *afeto*, no *afecto*. Y finalmente es gran inorancia que pronuncie yo *sujeto* y escriba *subjeto*, que diga *súdito* y escriba *súbdito*. Y no tendría por desacertado que donde quitamos alguna letra doblásemos la siguiente, como hacen los italianos, que no dicen *affecto*, sino *affetto*; no *concepto*, sino *conchetto*, y así de otros términos que por ser muchos no se pueden poner aquí. ¿Quién vio jamás que al pronunciar *ermanos* alguno aspirase la *e* y dijese *hermanos*; y si digo *Cristo*, para qué he de escribir *Christo*, que ni es escritura ni pronunciación castellana? Y para que mejor se vea, tomemos esta

grafías de los grupos cultos que no se pronuncian (*hinos*, *enimas*), etc. El lector advertirá fácilmente a qué se refiere Malón.

¹²¹ *tirado*: impreso.

¹²² *avieso*: error, equivocación.

palabra *dición*; escriben ellos *diction*. Pregunto: ¿quién dio a la *t* sonido de *c*? Eso es propio de la lengua latina, mas no de la lengua castellana. Escriben *illustre* y no miran que los latinos e italianos pueden escribir así porque, aunque entre ellos escriben *illustris*, *elligo*, *allego*, etc., y el italiano *belleza*, *quelli*, *sepellise*, etc., como no tienen la pronunciación como nosotros, que decimos *lleno*, *llano*, *llamo*, etc., no hay inconveniente que escriban *illustre* con dos *es*, solo hacen alguna más fuerza en ellas que cuando no hay sino una, mas nosotros que variamos el sonido y si tiene dos decimos *lloro*, y si una sola decimos *loro*, que es el color de los indios¹²³, y *malla*, que es la de la cota, y si con una decimos *mala*, que varía el significado, si escribimos *illustre* de fuerza habremos de darle sonido de dos *l* y sonará como cuando decimos *llanto*, *lloro*, etc. Y esta es razón evidente, y lo mismo que digo de la *l* podría probar de todas las demás. Escriben también *canto*, *cuento*, *cantidad*, etc., y no *cuanto*, *cuento*, *cuantidad*, y con mucha razón porque la letra *c* se combina con todas las vocales como las demás consonantes; con la *a* y con la *o* y con la *u* puede hacer diverso sonido, como *daca* o *daça*, *loca*, *loça*, *tocar*, *toçar*, etc. Y para quitar esta duda, señalámosla con una virgulita¹²⁴ abajo cuando hace sonido de *c*, como *acuda*, con echalle una vírgula dice *açuda*, etc. Ora, pues, si no la señalamos se hace sonido *q*, como diciendo *cubo*, *cumbre*, etc., ¿pues que más tiene *cumbre* para escribillo con *c* sola, que cuando para que lo escriban con *q*?

Cierto quien lo considerare sin la pasión que causa la antigua costumbre que tiene de lo contrario verá que esto que digo es evidencia y lo demás ha sido engaño.

Hallaremos ahora dos letras en que también ha recibido engaño la edad de los pasados, y son *v*, de esta hechura y la *u* de esta, y aun lo mismo es en otras dos, que son *y* y la otra vocal que es *i*. Digo que no acaso se inventó esta variación de figura de letras. Y supongamos para declararlo que las vocales, mientras lo son, siempre retienen su figura y sonido. Ora, pues, sea la regla que todas las veces que la *u* fuere vocal se ha de pronunciar con su entero sonido y escribir vocal que es la de dos piernas, *u*, como *uno*, *mucho*, *fue*, etc. Mas cuando no, ha de escribirse como la letra que en cuenta castellana vale cinco¹²⁵, que es esta *v*, y la demostración será en esta palabra: *tuvo*. Si escribo *tuuo*, pregunto, ¿qué

¹²³ *loro*: de color oscuro.

¹²⁴ Se refiere a la *c* con cedilla, que tiene valor interdental.

¹²⁵ En números romanos el 5 se escribe V.

más razón hay para que la primera la pronuncie vocal, que la segunda, pues entrambas son de una figura y entrambas vocales, y entrambas retienen su sonido? Y si no le dan a la segunda el sonido de la primera, eso más es por uso que por razón o diferencia que haya entrelas, y para eso se inventaron esas dos, para que las diferenciásemos, y no así sin fundamento, y así diremos *avía*, no *auía*, *lluvia*, no *lluia*, etc. Lo mismo es de la *i* y de la *y*; siempre que la fuerza se hace en ella y la herimos de lleno, se ha de poner la pequeña, que es la vocal, como *izo i dijo mui bien*, etc.; mas cuando no, ha de ser la *y*, como *reyes*, *vayan*, *yo*, etc.

Y verase claro ser así, porque *yo* en castellano es una sola sílaba, mas *io* que dice el italiano son dos. Y esto es por el fundamento que pusimos arriba de que las vocales jamás pierden su fuerza y sonido.

Y porque yo no pretendo más que tocar esto para dar ocasión a los más desocupados y diestros de que enseñen más de cimiento el buen término de escrebir, lo dejo con decir que los maestros habían de enseñar a los niños a leer y escrebir como se dice aquí, para que aprendiéndolo desde la niñez se les hiciese fácil para cuando grandes.

Lo que más podría decir acerca del proceder en este librito ya queda dicho atrás en la carta que precede. Solo ruego al discreto que esto leyere que antes de condenar lo que aquí y en el libro digo, lo piense y lo mire con atención, que si lo es así lo hará; y si algo dello le agradare, alabe al Señor conmigo, de quien viene todo; y si no fuere tal me avise con caridad cristiana, que me hallará prontísimo para corregir lo que no fuere muy conforme al sentido que la Iglesia Católica Romana tiene y confiesa, que ese mismo tengo yo y confieso.

BIBLIOGRAFÍA

- Aladro, Jorge, *Pedro Malón de Echaide y «La conversión de la Magdalena» (Vida y obra de un predicador)*, Pamplona, Gobierno de Navarra-Institución Príncipe de Viana, 1998.
- Alborg, Juan Luis, «Fray Pedro Malón de Chaide», en *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos, 1981, vol. 1, pp. 892-896.
- Arco y Garay, Ricardo del, «Estatutos de la Universidad de Huesca», *Linajes de Aragón*, 3, 1912a, pp. 330-333.
- Arco y Garay, Ricardo del, *Memorias de la Universidad de Huesca, Colección de Documentos para el estudio de la Historia de Aragón*, vols. VIII-XI, Zaragoza, Tipografía P. Carra, 1912b.
- Aynsa y de Iriarte, Francisco Diego de, *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antigua Ciudad de Huesca... recopilados por F. D. de Aynsa*,

- reproducción facsímil de la edición de Huesca, Pedro Cobarte, 1619, introducción de Federico Balaguer Sánchez, índices de Elena Escar Hernández y Ana Oliva Molina, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1987, 5 vols.
- Brooks, Philip, *Lectures on Preaching*, New York, E. P. Dutton, 1877.
- Castro Álava, José Ramón, *Fray Pedro Malón de Chaide*, Conferencia, Tudela (Navarra), Imprenta Castilla, 1930.
- Cilveti, Ángel, «Pedro Malón de Chaide», en *Introducción a la mística española*, Madrid, Cátedra, 1974, pp. 172-174.
- Clemente Hernández, Javier, *Vida y obra de Pedro Malón*, Tudela (Navarra), Centro Cultural Castel Ruiz, 1995.
- García Morales, Justo, «Introducción», en Pedro Malón de Chaide, *Libro de la Conversión de la Magdalena*, 2.ª ed., Madrid, Aguilar, 1963, col. «Crisol», núm. 162.
- García, Félix, «Prólogo y notas», en Pedro Malón de Chaide, *La conversión de la Magdalena*, 3.ª ed., Madrid, Espasa Calpe (Clásicos Castellanos), 1959.
- González Ollé, Fernando, «Una prosa lujosa», en *Introducción a la historia literaria de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989, pp. 125-135.
- Hatzfeld, Helmut, «San Juan de la Cruz y Malón de Chaide. Proximidad y lejanía del misterio», en *Estudios literarios sobre mística española*, Madrid, Gredos, 1955, pp. 331-349.
- Hatzfeld, Helmut, «The Style of Malón de Chaide», en *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1961, vol. 2, pp. 195-214. Artículo reproducido en *Estudios sobre el Barroco*, Madrid, Gredos, 1964, pp. 284-306.
- Huerga, Álvaro, *Historia de la espiritualidad católica*, Barcelona, Juan Flores, 1969.
- Jordán, fray Jaime, *Historia de la Provincia de Aragón del Sagrado Orden de los Ermitaños de San Agustín*, Valencia, Josef García, Antonio Bordazar y Juan González, 1704 y 1712.
- Langenegger, Hans, *La conversión de la Magdalena del P. Malón de Chaide, traducido y anotado por Lope Cilleruelo* [Des P. Pedro Malón de Chaide «*Conversión de la Magdalena*». *Geistes-und doktringeschichtliche Prolegomena zu einer kritischen Textausgabe*, Zurich, Leeman, 1933], *Archivo Agustiniiano*, XLIV, 1950, pp. 205-223; XLIV, 1950, pp. 327-343; XLV, 1951, pp. 29-54; XLV, 1951, pp. 213-234; XLV, 1951, pp. 337-357; y XLVI, 1952, pp. 19-42.
- Lasso de la Vega, Ángel, «Fray Pedro Malón de Chaide. Su influencia en los adelantados del idioma castellano», *La Ciudad de Dios*, XIX, 1889, pp. 381-386.
- Macipe, Juan, *Libro de la Antigüedad de esta Casa de Nuestra Señora del Oreto la Real de Huesca y de otras cosas pertenecientes a la hacienda*, 1605, manuscrito de la Biblioteca Pública de Huesca (ms. 75).
- Macrí, Oreste, *La poesía de Fray Luis de León*, Salamanca, Anaya, 1970.
- Malón de Echaide, fray Pedro, *La conversión de la Madalena*, ed. Ignacio Arellano, Jordi Aladro y Carlos Mata Induráin, Nueva York, IDEA, 2014.

- Massot, Joseph, *Compendio historial de los ermitaños de nuestro padre San Agustín*, del Principado de Cataluña, Barcelona, Juan Jolis, 1699.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, *Biblioteca de Traductores Españoles, III, Malón-Noroña*, en *Obras Completas*, Santander, Aldus/CSIC, 1953.
- Morales Borrero, Manuel, «Malón de Chaide», en *La geometría mística del alma en la literatura española del Siglo de Oro*, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca/Fundación Universitaria Española, 1975.
- Parker, Alexander A., «La Conversión de la Magdalena», en *La Filosofía del amor en la literatura española, 1480-1680*, trad. Javier Franco, Madrid, Cátedra, 1986, pp. 132-134.
- Pinta Llorente, Miguel de la, *Aportaciones inéditas para la Historia de la Ciencia Eclesiástica y de la Cultura Española en el siglo XVI. Causa criminal contra el bibliista Alonso Gudiel, Catedrático de la Universidad de Osuna*, Madrid, CSIC/Imprenta Diana, 1942.
- Quevedo, Francisco de, *España defendida*, ed. Victoriano Roncero, New York, IDEA/IGAS, 2012.
- Valbuena Prat, Ángel, *Historia de la literatura española*, Barcelona, G. Gili, 1957.
- Vela, Gregorio de Santiago, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, Madrid, Asilo de Huérfanos, 1920.
- Vinci, Joseph, *La predicación de Fray Pedro Malón de Chaide en «La Conversión de la Magdalena»*, Tesis doctoral, Middlebury (Vermont), Middlebury College, 1955.
- Vinci, Joseph, «Vida y obras de Pedro Malón de Chaide», *Religión y Cultura* (El Escorial, Madrid), II, 1957, pp. 262-282.
- Vinci, Joseph, «El Padre Malón de Chaide dentro y fuera de la tradición literaria agustiniana», *Religión y Cultura* (El Escorial, Madrid), V, 1960, pp. 212-241.
- Vinci, Joseph, «The Neoplatonic Influence of Marsilio Ficino on Fray Pedro Malón de Chaide», *Hispanic Review*, 29, 1961, pp. 275-295.
- Vinci, Joseph, «Las ideas eclécticas sobre filosofía del amor y la hermosura. A propósito de *La Conversión de la Magdalena* de Malón de Chaide», *Religión y Cultura* (El Escorial, Madrid), VIII, 1963, pp. 539-562.
- Viuda, Isidro de la, *Pedro Malón de Echaide*, Madrid, Revista Agustiniana, 1992.
- Vorágine, Jacobo de la, *Leyenda Dorada*, ed. fray José Manuel Macías, Madrid, Alianza, 1982.

Colección Batihoja



Este volumen, que se centra en algunos modelos de vida en la Navarra de la «modernidad temprana», constituye un nudo parcial en una red más amplia de investigaciones que está desarrollando el GRISO (Grupo de Investigación Siglo de Oro) de la Universidad de Navarra, desde un punto de vista interdisciplinar, para analizar en su entorno histórico y cultural algunas figuras navarras notables, representantes de ciertos «modelos de vida», tales como el santo, el aventurero, el intelectual, el escritor, el clérigo o el poeta, trazando también ciertas coordenadas de la vida profesional (parteras), social y política (régimen señorial, estructura de los insultos...) o literaria.

Aunque el ámbito es regional (Navarra) la entidad de muchas de estas figuras o la representatividad de otros aspectos de la vida social confieren a estas aproximaciones —creemos— más amplios valores que los de una indagación costumbrista o local.

Ignacio Arellano es catedrático de la Universidad de Navarra, especialista en literatura del Siglo de Oro. Ha publicado unos ciento cincuenta libros y cerca de cuatrocientos artículos en revistas especializadas. Es autor también del blog *El jardín de los clásicos*.

